

BELLO, ANDRÉS (1781-1865)

*1829-1865 CHILE*

AL DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE  
ADIÓS CAMPIÑA HERMOSA  
AL EJÉRCITO RESTAURADOR DEL PERÚ  
DESPIERTA, CHILE, DEL LETAL REPOSO  
VIVA PERPETUAMENTE EN LA MEMORIA  
MARINO FALIERO  
(TRADUCCIÓN DE BYRON. FRAGMENTO  
ACTO I  
LA CÁMARA DUCA  
¿NO ES ÉSTE EL SUELO QUE MI DÉBIL PLANTA...  
FUESE LUCILIO ENHORABUENA  
EL INCENDIO DE LA COMPAÑÍA  
EL DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE  
EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA ENRIQUETA PINTO DE BULNES  
LAS FANTASMAS  
A OLIMPIO  
LOS DUENDES  
LA ORACIÓN POR TODOS  
MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS  
LA COMETA (VOLANTÍN)  
LA COMETA  
LA MODA  
DIÁLOGO ENTRE LA AMABLE ISIDORA Y UN POETA DEL SIGLO PASADO  
LA CORTE DE AMOR (Texto A)  
LA CORTE DE AMOR (Texto B)  
A PEÑALOLEN  
EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA MERCEDES MUÑOZ  
¿PARA QUÉ EL ODIOS MUTUOS ENTRE LAS GENTES?  
EL TABACO  
EPIGRAMA  
AL BIOBÍO  
EL CÓNDOR Y EL POETA  
SARDANAPALO  
EN EL ÁLBUM DE LA CANTATRIZ DOÑA TERESA ROSSI  
SEÑALES DE LA MUERTE  
ALECCIONADO POR EL ALMA FUERTE  
A LA SEÑORA DOÑA JULIA CODECIDO DE MORA  
A LA VIRGEN DE LAS MERCEDES  
EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA JOSEFA REYES DE GARMENDIA (Texto  
A)

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA JOSEFA REYES DE GARMENDIA (Texto  
B)

LA ARDILLA, EL DOGO Y EL ZORRO  
EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO  
LAS OVEJAS  
MISERERE  
JERUSALÉN LIBERTADA

#### AL DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE

Celebra, ¡oh patria!, el venturoso día  
en que tus fueros vindicar osaste,  
y el yugo que oprimía  
tu cuello, destrozaste,  
y el canto de los libres entonaste.

A tu voz, cual incendio que violento  
cunde por vasta selva y se derrama,  
así en alas del viento  
de libertad la llama  
voló del Biobío al Atacama.

Atravesó la agigantada cima  
de tus montañas el alegre canto;  
corrió de clima en clima;  
y entre furor y espanto  
rasgó Iberia indignada el regio manto.

«Volarán, dice, a la remota arena  
de las playas del Sud mis campeones;  
gemirás en cadena;  
verás a mis legiones  
arbolar los castillos y leones».

¡Vano error! Cuando el rápido torrente  
que arrastra al mar su propia pesadumbre,  
en busca de la fuente  
retroceda a la cumbre,  
volverá el que fue libre a servidumbre.

Cumplió la patria el generoso voto  
en Maipú, en Chacabuco; por su mano

fue el férreo cetro roto;  
y del mar araucano  
huyó vencido el pabellón hispano.

¡Oh día de ventura! ¡Oh fausto día!  
tú de la gloria abriste la carrera.  
Cantares de alegría  
hasta la edad postrera,  
Chile te entonará, la tierra entera.

¡Oh! vuelva veces mil tu luz hermosa  
a ver a Chile libre; y en su frente  
la palma victoriosa  
que corona al valiente  
mires reverdecir eternamente;

Y halles siempre feliz bajo el amparo  
de la justicia y de la ley severa  
el suelo de Lautaro,  
y la discordia fiera  
en sempiternos hierros prisionera.

. Véase nota a los versos -, en la página .

Inscripciones patrióticas con ocasión de las exequias oficiales del vicepresidente José  
Tomás Ovalle

Subiste, Ovalle, a la mansión que el cielo  
a tus virtudes preparó; y envuelta  
a tu patria has dejado en triste duelo.

-----

Cese el fúnebre llanto que derrama  
Chile en la losa que mi polvo cubre,  
pues vivo y vuelo en alas de la fama.

-----

Cubre de la tristeza el negro manto  
a la patria este día; agudo acento  
de dolor y quebranto  
dilata el sentimiento,  
y amargura derrama y desaliento.

-----

A Ovalle, al hijo de la patria amada,  
al padre de los pueblos distinguido,  
al mejor magistrado,

Chile llora afligido,  
y llora la esperanza que ha perdido.

-----

Contrista el alma tan acerba pena,  
y Chile siente tanto,  
que, en su dolor, es un placer el llanto.

-----

Del fuego del más puro patriotismo  
que en Ovalle ardió un día,  
ved la ceniza en esa tumba fría.

### ADIÓS CAMPIÑA HERMOSA

Adiós campiña hermosa  
del olivar ameno,  
morada deliciosa  
donde feliz viví.

Mientras mi pecho anime  
el soplo de la vida,  
esta alma agradecida  
se acordará de ti.

A enfermedad y pena  
postrado el cuerpo estaba;  
y mi vivir minaba  
el tedio del placer.

Vine a tu caro asilo  
y respiró tu ambiente;  
y al ánimo doliente  
sentí la paz volver.

¿Cuál ignorado hechizo  
pudo en mis fibras tanto?  
¿Por qué secreto encanto  
tan alto bien logré?

Dolores y Agustina,  
amable hija y madre,  
solicitud tan fina  
¿cómo pagar podré?

## AL EJÉRCITO RESTAURADOR DEL PERÚ

¡Oh Casma, Llaclla, Buin! mientras los hombres  
estimen de altos hechos la memoria,  
escritos vuestros nombres  
verá Chile en el templo de la gloria,  
y dirá al repetirlos: mis guerreros,  
sustentando valientes  
mi libertad, y los hollados fueros  
de dos pueblos hermanos,  
en la tierra, en la mar, por dondequiera,  
alzaron victoriosos mi bandera.

Despliega activo en una y otra cima  
aguerridas legiones el tirano.  
Todo le es favorable: el suelo, el clima,  
la posición, que, a una,  
arte y naturaleza fortalecen,  
la copia de recursos y la fama  
de otros laureles que le dio fortuna.  
Pero todo es en vano. Osada embiste  
la falange chilena, y lidia, y vence;  
al chileno valor nada resiste.

-----

Valientes, que en Yungay con fuerte brazo  
vengar supisteis el honor chileno,  
recibid los saludos y el abrazo  
con que os estrecha a su amoroso seno  
la patria, por vosotros vencedora.  
Fuisteis su apoyo, y sois su orgullo ahora.

## DESPIERTA, CHILE, DEL LETAL REPOSO

Despierta, Chile, del letal reposo  
en que yació tres siglos sepultado;  
y a ser libre o morir determinado,  
al campo corre de la lid glorioso.

Vence y humilla al español coloso;  
y del laurel triunfante coronado,  
al poder y grandeza a que es llamado,  
se adelanta con paso presuroso.

Intenta detenerle en su carrera  
un opresor que el continente indiano  
a nuevo yugo someter espera.

El rayo vengador toma en su mano  
heroico Chile; y a la tierra entera  
asombra el escarmiento del tirano.

## VIVA PERPETUAMENTE EN LA MEMORIA

### I

Viva perpetuamente en la memoria  
el día en que la Patria vuelve a verte,  
oh bandera de Chile, astro de gloria,  
que sus valientes a las lides guía;  
meteoro de muerte,  
que al suelo derribó a la tiranía.

### II

Cubra la sien del ínclito guerrero,  
laurel que viva en todas las edades,  
y que recuerde a Chile venidero  
que fueron tres deidades  
autoras de su gloria:  
la Libertad, la Patria, y la Victoria.

### III

Fieles hijos de Chile,  
intrépidos guerreros,  
¿quién no se inflama, al veros,  
de generoso ardor?  
Chile os fió su causa,  
su espada, sus pendones,  
y le traéis blasones,  
trofeos, fama, honor.

### IV

La prenda que partiendo  
a vuestra Patria disteis,  
valientes redimisteis,  
en una y otra lid.  
Volvéis al fin triunfantes,  
volvéis a su regazo;  
su maternal abrazo,  
guerreros, recibid.

MARINO FALIERO

(Traducción de Byron. Fragmento)

*Acto I*

La cámara ducal

*Escena I*

MARINO FALIERO, BERTUCCIO FALIERO

MARINO

-¿No ha vuelto el mensajero todavía?

BERTUCCIO

-No, Señor; aún no ha vuelto. Congregada  
la señoría de Venecia, juzga  
al acusado Esteno; y en acuerdo  
secreto, delibera.

MARINO

¿Y tarda tanto  
la deliberación? ¡Oh, cómo angustia  
esta mortal incertidumbre el pecho!

BERTUCCIO

-¿Qué teméis? El senado hará justicia.

MARINO

-Justicia!... Sí... La misma que la corte  
lo de los abogados, que la causa

le cometieron, porque en ella fuesen  
árbitros los amigos y parciales  
de mi ofensor.

BERTUCCIO

-Ni aun ellos osarían  
proteger al culpable. Una indulgencia  
tan criminal, oprobio fuera eterno  
al nombre de Venecia y a las leyes.

MARINO

-¿Aún no conoces a Venecia? ¿Ignoras  
de sus patricios el carácter? ¿Juzgas...?  
Pero su fallo ha de saberse en breve.

BERTUCCIO

-Sin causa, vuestra alteza desconfía.  
Venecia vio el delito, y lo detesta.  
No osa negarlo el reo; ni el senado  
a tanto alcanza, que absolverle pueda  
contra el común sufragio, y con desdoro  
de la suprema autoridad.

MARINO

-Vicencio,  
¿qué nuevas traes?

## *Escena II*

MARINO FALIERO, BERTUCCIO FALIERO, VICENCIO

VICENCIO

-Gran señor, me manda  
a avisaros la noble señoría  
que ha pronunciado la sentencia; y luego  
que en forma esté, será con el debido  
honor y sumisión notificada  
a vuestra alteza.

MARINO

-¡Ah!, sí. Conmigo siempre  
sumisa fue en extremo y respetuosa  
la señoría. ¿Mas, por fin, el fallo  
dices que pronunció?

VICENCIO

-Señor, acaba  
de pronunciarlo.

MARINO

-Y ¿qué falló?

VICENCIO

-Lo ignoro-,  
secreto fue el acuerdo.

MARINO

-Pero suele  
algo de entre las sombras que rodean  
a la justicia traslucirse; un sordo  
murmurio, un aire grave, una mirada  
a un ojo perspicaz revelar suelen  
lo que la lengua calla. Los patricios  
al fin son hombres... respetables, justos,  
sabios, cuanto se quiera... y silenciosos  
tanto como la tumba que devora  
las víctimas que juzgan; mas con todo  
algo pudo, el aspecto revelarte,  
algo los gestos y el silencio mismo.  
¿Nada alcanzaste a percibir?

VICENCIO

-No estuve  
más que un momento a vista del senado,  
ni del decreto de los jueces pude  
columbrar un indicio; y más del reo  
Miguel Esteno hallándome tan cerca  
que...

MARINO

-Pues ¿viste al menos el semblante  
de ese Miguel Esteno? ¡Acaba!

VICENCIO

-Al verle  
me pareció sereno, resignado  
a la sentencia;... mas aquí la trae,  
si no me engaño, el secretario.

*Escena III*

MARINO FALIERO, BERTUCCIO FALIERO, VICENCIO, SECRETARIO

SECRETARIO

-Al noble

Faliero, de Venecia ínclito jefe,  
el tribunal de los Cuarenta envía  
salud, honor; y espera que se digne  
su alteza echar la vista sobre el fallo  
que acaba de librar contra el patricio  
Miguel Esteno por la grave culpa  
de que su alteza le acusó. El rescripto  
helo aquí.

MARINO

-Retírate. Tú, Vicencio,  
déjame solo un breve instante.

#### *Escena IV*

MARINO FALIERO, BERTUCCIO FALIERO

MARINO

-Toma,  
Bertuccio, este papel. Siento turbarse  
mis ojos, y fijar en él no puedo  
la vista oscurecida.

BERTUCCIO

-¡Amado tío!  
tened valor. ¿De qué tembláis? ¿Qué extraño  
temor es éste?

MARINO

-Acaba, lee...

BERTUCCIO

-Decreta  
conformemente que Miguel Esteno,  
que por su propia confesión la noche  
del carnaval grabó sobre la silla  
ducal estas palabras injuriosas...

MARINO

-¿A repetirlas vas? ¿A repetirlas?  
¡Tú, mi sobrino! ¿Mancharás tu labio  
con la deshonra de la noble casa,  
afrentada en su jefe, el primer jefe,  
el duque de Venecia? Lee tan sólo  
de mi ofensor la pena.

BERTUCCIO

-Perdonadme.  
Ya os obedezco. «Un mes de arresto impone  
para castigo de su culpa al reo  
Miguel Esteno».

MARINO

-Sigue pues; ¿qué tardas?

BERTUCCIO

-Señor, no hay más.

MARINO

-¿No hay más? ¿Es eso todo?  
¿Sueño? ¿Deliro?... Es falso... Es imposible.  
Dame el papel... «Un mes de arresto»... Amigo,  
sosténme.

BERTUCCIO

-Serenaos. No desmaye  
en tan leve ocasión vuestra constancia.  
Sentaos, noble duque, mientras llamo  
la servidumbre a que os atienda y sirva.

MARINO

-Detente, ya pasó.

BERTUCCIO

-Negar no puedo  
que es el castigo demasiado leve  
para una culpa que a Venecia toda  
ultrajó en vos; y que injusticia ha sido  
dar a tamaño agravio tan mezquina  
satisfacción; pero un recurso os queda;  
juntad de nuevo el tribunal, o tornad  
a los abogados el proceso,  
que, si antes a la causa se negaron,  
al ver que se os rehúsa hacer justicia,

anularán el fallo, y de las leyes  
vindicarán la majestad violada.  
¿No lo juzgáis así?... Pero, suspenso,  
¿no me escucháis? Los ojos a la tierra  
tenéis clavados; y a las voces mías  
¿no dais oído? ¡Noble duque!

MARINO

-¡Al cielo  
pluguiese que en San Marcos de Venecia  
hoy los pendones turcos tremolaran!  
De esta suerte, homenaje les haría.

BERTUCCIO

-Por Dios, por vuestro honor, por vuestra fama,  
volved en vos.

MARINO

-¡Que no flotara ahora  
la escuadra genovesa en estas aguas!  
¡Que no cercaran el ducal palacio  
las enemigas hordas de los hunos  
que en Zara derroté!

BERTUCCIO

-No, no convienen  
señor, razones tales en los labios  
del duque de Venecia.

MARINO

-¿Dónde, dónde  
el duque de Venecia está, que quiero  
invocar su justicia? Si ya duque  
de Venecia no soy, soy hombre al menos.  
Hubo en Venecia duque; ya ese nombre  
es un sonido vano; vano, he dicho.  
Ya es solamente un título de oprobio.  
El más desamparado, el más humilde,  
el más vil e injuriado de los hombres,  
el que mendiga de una puerta en otra  
el alimento, si no le halla en ésta,  
puede tal vez, tocando a la vecina,  
ser socorrido; mas aquel que pide  
justicia a los que deben ampararle  
en su derecho, y no la alcanza, es pobre  
más que el mendigo que de ajena mano

recibe el pan amargo del desprecio;  
es un esclavo, un abatido esclavo;  
y tal soy yo; tal eres tú, Bertuccio;  
tal es mi casa y mi familia toda  
desde este instante. El orgulloso noble  
puede escupirme el rostro, y el más bajo  
ganarán señalarme con el dedo.  
Y ¿a quién apelaremos?

BERTUCCIO

-A las leyes.

MARINO

-¡Triste recurso! Yo busqué el remedio  
en la ley sola. No pedí venganza  
sino a la ley. Reconocí por jueces  
los que las leyes dan al injuriado.  
Supremo jefe de Venecia, ocurro  
como suplicante a los que darme deben  
no tan sólo atención, sino obediencia,  
a los que esta corona me ciñeron,  
que hoy cubren de ignominia... y ¿qué he logrado?  
Puesta de su justicia en la balanza,  
la avilantez de ese patricio indigno  
tuvo más peso que mi nombre ilustre,  
que su propia elección, que los honores  
de esta alta dignidad, que estos cabellos  
canos, que estas honradas cicatrices,  
que todas mis fatigas, ansias, penas  
por la salud y gloria de la patria,  
que la sangre y sudor de cincuenta años...  
Y ¿he de sufrirlo?

BERTUCCIO

-No soy yo por cierto  
el que resignación os aconseje.  
Si se rechaza vuestra instancia, entonces  
apelaremos a otros medios.

MARINO

-Basta.  
¿Tú me aconsejas apelar, Bertuccio?  
¿Tú mi sobrino? ¿Tú, renuevo ilustre  
del tronco de Faliero, de aquel tronco  
que ha dado ya tres duques a Venecia?  
Pero bien dices: la humildad conviene

a mi nueva situación.

BERTUCCIO

-Señor, raya  
vuestro dolor en un culpable exceso.  
Torpe la afrenta ha sido, y torpe el fallo  
que impune la dejó; mas esa furia  
no guarda proporción con el agravio,  
ni con agravio alguno. Si os ha hecho  
injuria la sentencia reclamemos;  
y si satisfacción se nos rehúsa,  
busquémosla, señor, por nuestra mano;  
mas con serenidad, cordura y pulso.  
¡Silencio!... y a vengarnos. Soy mancebo.  
Amo la casa vuestra; amo su lustre.  
Miro éste en el apoyo de mi tío,  
mi jefe, mi tutor; mas, aunque admito  
en parte la razón de vuestro enojo,  
el verlo me horroriza.

MARINO

-¿Conque es fuerza  
decirte lo que hubiera sin mis voces  
entendido tu padre? ¿Sólo el golpe  
material que lastima al cuerpo, sientes?  
¿Tienes orgullo, bríos, alma, honra?

BERTUCCIO

-La vez primera es ésta que osó nadie  
poner mi honor en duda, y la postrera  
sería, si otro fuera el que dudara.

MARINO

-Tú sabes de qué suerte ese patricio  
osó manchar la pura honra... ¡oh cielos!  
de mi mujer... de lo más caro y santo.  
lo más precioso en el honor del hombre.  
Pero, ¿no sabes tú, no saben todos  
que fue la imputación libelo infame?  
Al honor de una esposa aun el aliento  
de la sospecha y la calumnia empaña.  
Y si en esa inocente criatura,  
yo no lavé la mancha de mi nombre,  
fue porque hermosa y joven, a un anciano  
recibió por esposo.

BERTUCCIO

-Y ¿qué castigo  
satisfaceros pudo?

MARINO

-¿Cuál? ¡La muerte!  
¿No era yo soberano de Venecia,  
insultado en su trono, hecho el ludibrio  
de los que obedecerme deberían,  
amancillado como esposo? ¡Y vive!

BERTUCCIO

-Antes que el sol se oculte en el ocaso,  
dejará de vivir: yo os lo prometo.  
Confiadme, señor, vuestra venganza;  
y sosegaos.

MARINO

-¡No, detente! Hubiera  
bastado ayer ese recurso. Ahora  
de nada sirve. No es Miguel Esteno  
el que me ofende torpe. Ni lavara  
una vida tan vi como la suya  
ofensa tal. No temas; tendrás luego  
una ocasión en que probar que corre  
la sangre de Faliero por tus venas.  
Mas no mi ofensa olvides entre tanto.  
Negra en tus sueños se te muestre; negra,  
cuando los ojos abras, se interponga  
entre ellos y la luz, como la nube  
de mal agüero enluta la mañana.  
¿No es éste el suelo que mi débil planta...  
Traducción de Petrarca  
-«¿No es éste el suelo que mi débil planta  
holló primero? ¿No es aquéste el nido  
en que tan dulcemente fui mullido?  
¿No es aquésta la santa  
tierra natal, madre benigna y pía  
que cubre de mi padre los despojos?»  
¡Por Dios! Esto la suerte  
tal vez os mueva; y con piadosos ojos  
mirad el duelo de la triste gente  
lo que sólo de coronas  
paz y descanso espera...

## FUESE LUCILIO ENHORABUENA

(Traducción de Horacio, fragmento)

...Fuese Lucilio enhorabuena  
festivo y elegante, y sus escritos  
puliese más que el padre de este nuevo  
género de poemas, que la musa  
griega nunca tentó, mas él si hubiese  
por decreto del cielo florecido  
en nuestra edad, a muchos de sus versos  
aplicara la lima.

## EL INCENDIO DE LA COMPAÑÍA

*Canto elegíaco*

I

Santa casa de oración,  
templo de la Compañía,  
que a plegaria y a sermón  
llamas de noche y de día  
la devota población;

¿Qué esplendor, qué luz es ésta  
que sobre ti se derrama?  
No es luz de nocturna fiesta;  
es devastadora llama;  
es una pira funesta.

Ni es sonido de alegría  
el que por los aires corre;  
ayes son esos que envía  
envuelta en humo tu torre;  
son gemidos de agonía.

Jamás con furor tan ciego,  
prendió escondida centella;  
viose breve lumbré; y luego  
a grande altura descuella  
una cúpula de fuego.

Raudo volcán se me antoja,  
que aglomera nube a nube  
de humareda parda y roja,  
y ya hasta los cielos sube,  
y encendida lava arroja.

Cual león que descuartiza  
descuidada presa hambriento,  
tal, encrespado se eriza,  
tal rugen el fiero elemento,  
que te reduce a ceniza.

Aunque el pueblo te circunde  
a socorrerte anhelante,  
rápido el incendio cunde,  
y hasta el cerro más distante  
terrible luz difunde;

Y en cuanto la vista abraza,  
tiñen medrosos reflejos  
toda calle y toda plaza,  
y aun contemplados de lejos  
espanto son y amenaza.

Una visión gigantea  
que negras alas agita,  
en lo alto revolotea;  
soplando, el incendio irrita;  
y sacude humosa tea.

¿Será aquel ángel, al pozo  
de perdición derrocado,  
a quien la miseria es gozo?  
Sobre su rostro eclipsado,  
vislumbra horrendo alborozo.

Ya del techo, alta diadema  
de fuego, lluvia descende  
ardiente, que alumbra y quema  
la vasta nave, y se extiende  
con voracidad extrema.

¡Virgen! si compadecida  
te halló siempre el ruego humano,  
detén la fiera avenida;  
tiende el manto soberano

sobre tu mansión querida;

Sobre tu bella morada,  
donde con ardientes votos  
has sido siempre invocada;  
donde mil labios devotos  
te llamaron abogada.

Y tú, ¿puedes tolerar  
que así las llamas te ultrajen,  
Santo Arcángel titular?  
¿Se cebarán en tu imagen?  
¿Harán pavesas tu altar?

Nada aplaca su furor;  
la destrucción es completa;  
arde todo en derredor;  
aun a su Dios no respeta  
el fuego consumidor.

## II

Y a ti también te devora,  
centinela vocinglero,  
atalaya veladora,  
que has contado un siglo entero  
a la ciudad, hora a hora.

Diste las nueve, y prendida  
estabas viendo la hoguera  
en que iba a expirar tu vida;  
fue aquélla tu voz postrera,  
y tu última despedida.

Cuando sellaba tu suerte  
ese fatídico acento,  
¿quién imaginó perderte,  
y que en las alas del viento  
iba la voz de la muerte?

Paréceme que decías:  
«¡Adiós, patria! El cielo ordena  
que no más las notas mías  
desenvuelvan la cadena  
de tus horas y tus días.

«Mil y mil formas miré  
nacer al aura del mundo,  
y florecer a mi pie,  
y descender al profundo  
abismo de lo que fue.

«Yo te vi en tu edad primera  
dormida esclava, Santiago,  
sin que en tu pecho latiera  
un sentimiento presago  
de tu suerte venidera.

«Y te vi del largo sueño  
despertar altiva, ardiente,  
y oponer al torvo ceño  
de los tiranos, la frente  
de quien no conoce dueño.

«Vi sobre el pendón hispano  
alzarse el de tres colores;  
suceder a un yermo un llano  
rico de frutos y flores;  
y al esclavo el ciudadano.

«¡Santiago, adiós! Ya no más  
el aviso diligente  
de tu heraldo fiel oirás,  
que los sordos pasos cuente  
que hacia tu sepulcro das.

«¡Adiós! Llegó mi hora aciaga,  
como llegará la tuya.  
No hay cosa que no deshaga  
el tiempo, y no la destruya;  
aún a los imperios traga».

### III

El ángel que guarda y vela  
a nuestra patria naciente,  
ya que el incendio encarcela,  
mustio, la mano en la frente,  
al empíreo coro vuela.

Saciose en el templo santo  
el fuego; cesó el bullicio;  
duerme la ciudad; y en tanto  
en torno al trunco edificio  
reina silencioso espanto.

Realza una opaca y fea  
lumbre el horror y el asombro;  
frío norte el humo ondea;  
algún denegrado escombro  
acá y allá centellea.

Entre la vasta rüina,  
tal vez despierta y se encumbra  
llamarada repentina,  
que fantástica relumbra,  
y todo el templo ilumina;

Mas otra vez se adormece;  
y solamente la luna,  
cuando entre nubes parece,  
sobre el arco y la columna  
luminosa resplandece.

Y con pasmado estupor,  
reciben nave y capilla  
este tan nuevo esplendor,  
lámpara sola que brilla  
ante el Arca del Señor.

Y ya, si no es el graznido  
de infelice ave nocturna  
que busca en vano su nido,  
o del aura taciturna  
algún lánguido gemido,

O las alertas vecinas,  
o anunciadora campana  
de las preces matutinas,  
o la lluvia que profana  
las venerables rüinas,

Y bate la alta muralla,  
y los sacros pavimentos,  
triste campo de batalla  
de encontrados elementos;

todo duerme, todo calla.

#### IV

Cuando, a vista de un estrago,  
dolorido el pecho vibra,  
¿hay un sentimiento vago  
que nos alienta; una fibra  
que halla en el dolor halago?

¿Es un instinto divino,  
que cuando rompe y cancela  
la fortuna un peregrino  
monumento, nos revela  
más elevado destino?

¿O con no usada energía  
despierta en tu seno el alma  
y, bulle la fantasía,  
Noche oscura, muerta Calma,  
solemne Melancolía?

Yo no sé, en verdad, qué sea  
lo que entonces la trasporta;  
absorbida en una idea,  
los terrenos lazos corta,  
y libremente vaguea.

Y no es un descolorido  
bosquejo lo que elabora,  
que al pensamiento embebido  
el *antes* se vuelve *ahora*,  
y la memoria, sentido.

Las antiguas tradiciones  
toman colores reales,  
y quebrantan las prisiones  
de las arcas sepulcrales  
difuntas generaciones.

¿Qué nuevo rumor se advierte?  
¿Qué insólito murmurar?  
¿Qué voz turba de esta suerte  
el silencio secular  
de ese asilo de la muerte?

En sus lechos se incorporan  
las heladas osamentas;  
de los nichos en que moran  
bajan sombras macilentas;  
negras ropas las decoran.

Grima me da, cuando miro  
la procesión, que la grada  
monta del hondo retiro,  
y en dos filas ordenada,  
hace en torno un lento giro.

Va a su cabeza un anciano;  
una blanca mitra deja  
asomar su pelo cano.  
Cantan, y el canto semeja  
sordo murmullo lejano.

Mueven el labio, y después  
desmayados ecos gimen;  
la luna pasa al través  
de sus cuerpos; y no imprimen  
huella en el polvo sus pies.

No, no es cosa de este mundo,  
ni es lustre de ojos humanos,  
el de aquel mirar profundo;  
sendas hachas en sus manos  
dan un brillo moribundo.

Y cuando atender se quiere  
a lo que en el aire zumba  
y en tristes cadencias muere,  
se oye el cantar de la tumba,  
el lúgubre *Miserere*.

«El brazo airado detén,  
muestra benigno el semblante,  
¡Sumo Autor de todo bien!  
para que otra vez levante  
sus muros Jerusalén».

Pero ya rayó la aurora,  
y a su luz, cada vez más  
la visión se descolora,  
y al fin, como un leve gas,  
por el aire se evapora.

Sobre la gran cordillera,  
sube el primer sol de junio,  
y apresura cual si huyera  
de ver tamaño infortunio  
entre nubes su carrera.

¡Ah! lo que ayer parecía  
fábrica eterna, ¿quién pudo  
adivinar que hoy sería  
tostados leños, desnudo  
paredón, ceniza fría?

Entre el pavor y el respeto  
contempla el vulgo curioso  
¡horrible y mísero objeto!  
de lo que fue templo hermoso  
el mutilado esqueleto.

No brilla la antorcha clara;  
no arde el incienso süave;  
polvo inmundo afea el ara...  
mas ¿por qué en lo menos grave  
el pensamiento se para?

El Tabernáculo Santo.  
Tu rostro en la tierra humilla,  
¡Jerusalén! rasga el manto;  
por tu pálida mejilla  
hilo a hilo corra el llanto.

Prendió llama, llama insana,  
el Señor; y dio al olvido  
la fiesta de la semana;  
y su tienda ha demolido,  
y desechó su peana.

Callan, ¡ay!, eternamente  
la iglesia, la torre, el coro;  
calló el rezo penitente;  
calló el repique sonoro;

calló el púlpito elocuente.

La voz del himno ha cesado;  
duelo cubre y confusión  
al sagrario desolado;  
y la hija de Sion  
es un cadáver tizado.

## EL DIEZ Y OCHO DE SETIEMBRE

### I

*Diez y ocho de Setiembre*, hermosa fiesta  
de Chile, alegre día,  
que nos viste lanzar el grave yugo  
de antigua tiranía;

Cánticos te celebren de victoria,  
que blanda el aura lleve  
desde la verde playa hasta las cumbres  
coronadas de nieve.

Desde el desierto en que animal ni planta  
viven, y sólo suena  
la voz del viento, que silbando empuja  
vastas olas de arena,

Hasta donde la espuma austral tachonan  
islas mil, de la dura  
humana ley exentas, paraísos  
de virginal verdura,

*El Diez y ocho se cante de Setiembre;*  
y en la choza pajiza,  
en el taller, en la estucada sala  
que la seda tapiza;

A su loor alborozados himnos  
canora fama siembre,  
y bulliciosos ecos le respondan:  
*Diez y ocho de Setiembre.*

### II

Cual águila caudal, no bien la pluma  
juvenil ha vestido,  
sufre impaciente la prisión estrecha  
de su materno nido,

Y dócil al instinto vagoroso  
que a elevarse atrevida  
sobre la tierra, y a explorar los reinos  
etéreos la convida,

Las inexpertas alas mueve inquieta,  
y enderezada al cielo  
la vista, al fin se lanza, y ya por golfos  
de luz remonta el vuelo;

Así el pecho sentiste, patria mía,  
latir con denodados  
bríos de libertad, y te arrojaste  
a más brillantes hados;

Así el día inmortal, de que hoy tus hijos  
bendicen la memoria,  
intrépida te vio, sublime, altiva,  
campos buscar de gloria.

### III

«No más, dijiste, un generoso pueblo  
dormite en ocio muelle;  
ser libre jure; y con su sangre el voto,  
si es necesario, selle,

«Bramarán los tiranos; guerra y luto  
decretarán traeros,  
y convertir en servidumbre eterna  
los recobrados fueros.

«Pero ¿cuándo en las lides la victoria  
no ha coronado al fuerte,  
que a la ignominia de servil cadena  
antepuso la muerte?

«Que si al tirano alguna vez sonrío  
la fortuna indecisa,

múdase presto en afrentoso escarnio  
la halagüeña sonrisa;

«Y semejante al pueblo poderoso  
que sojuzgó la tierra,  
perdió la libertad muchas batallas,  
pero ninguna guerra».

Dijiste, y el sagrado juramento  
en simultáneo grito  
sonó, y en los chilenos corazones  
fue para siempre escrito.

#### IV

¡Día feliz! Cuando asomó la aurora  
sobre la agigantada  
cabeza de los Andes, y la diuca  
te cantó la alborada;

Dime, ¿qué nuevas hojas en el libro  
que de pueblos y gentes  
contiene en caracteres inefables,  
destinos diferentes;

¿Qué nuevas hojas desvolvió la mano  
eterna? ¿Qué guardadas  
eras del porvenir chileno, abrieron  
sus páginas doradas?

¿Qué nobles hechos de alentado arrojo,  
o de valor sereno,  
de patrio amor y de virtud constante,  
llevabas en tu seno?

Los innatos derechos proclamados,  
del hombre; la española  
corona hollada, y concedido el cetro  
a la ley santa sola;  
De dos pueblos nacientes, ya en el brío  
y en la esperanza grandes,  
al choque impetuoso quebrantada  
la valla de los Andes;

Los campales trofeos, que decoran

allá el monte, acá el llano,  
y los que, hendido de chilenas quillas,  
vio absorto el océano,

Y los que, cuando nada en Chile resta  
que no ceda y sucumba,  
dos veces vindicaron de los Incas  
la profanada tumba;

Tales ejemplos de valor tu seno  
fecundo contenía,  
*¡Diez y ocho de Setiembre*, memorable  
y bienhadado día!

Como la colosal futura palma  
tierno germen oculta,  
que será de los campos ornamento  
cuando descuelle adulta,

Y contrastar sabrá de procelosos  
huracanes la guerra,  
y dará fruto sazonado, y sombra  
tutelar a la tierra.

V

Crece así tú, ¡querida patria! crece,  
y tu cabeza altiva  
levanta, ornada de laurel guerrero,  
y fructüosa oliva.

Y florezca a tu sombra la fe santa  
de tus padres; y eterna  
la libertad prospere; y se afiance  
la dulce paz fraterna;

Y en tu salud y bienestar y gloria,  
con la mente y la mano,  
trabajen a porfía el rico, el pobre,  
el joven, el anciano;

El que con el arado te alimenta,  
o tus leyes explana,  
o en el sendero de las ciencias guía  
tu juventud lozana,

O con las armas en la lid sangrienta  
defiende tus hogares,  
o al infinito Ser devoto incienso  
ofrece en tus altares.

## VI

Pero del rumbo en que te engolfas mira  
los alevés bajíos,  
que infaman los despojos miserables  
¡ay! de tantos navíos.

Aquella que de lejos verde orilla  
a la vista parece,  
es edificio aéreo de celajes,  
que un soplo desvanece.

Oye el bramido de alterados vientos  
y de la mar, que un blanco  
monte levanta de rizada espuma  
sobre el oculto banco;

Y de las naves, las amigas naves,  
que soltaron a una  
contigo al viento las flamantes velas,  
contempla la fortuna.

¿Las ves, arrebatadas de las olas,  
al caso extremo y triste  
apercibirse ya?... Tú misma, cerca  
de zozobrar te viste.

## VII

A tus consejos, a tu pueblo, sabia  
moderación presida;  
y a la insidiosa furia, cuyo aliento  
emponzoña la vida,

Que de la libertad bajo el augusto  
velo esconde su fea  
lívida forma, y el puñal sangriento,  
y la prendida tea,

No confundas, incauta, con la virgen  
hermosa, pudibunda,  
a quien el iris viste, a quien la frente  
fúlgida luz circunda;

Nodriz del ingenio y de las artes,  
de la justicia hermana,  
que fecunda y alegre y ennoblece  
la sociedad humana.

Así florecerás, patria querida:  
tus timbres venideros  
así responderán a los ensayos  
de tu virtud primeros.

Y, del héroe a quien dio del Santa undoso  
la enrojecida orilla  
eterno lauro, el héroe que hoy ensalzas  
a la suprema silla,

Pasando el grave cargo, en gloriosa  
serie, de mano en mano,  
madre serás de gentes, que tu suelo,  
antes fecundo en vano,

Densas habitarán, libres, felices;  
y con más alegría  
cantarán cada nuevo aniversario  
de este solemne día.

#### EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA ENRIQUETA PINTO DE BULNES

A plantar mis versos van  
en este bello jardín  
una flor; no es tulipán,  
no es diamela, es un jazmín:  
el jazmín del Tucumán;

el que su tapiz ameno  
tendió a Enriqueta en su cuna,  
y vino de aromas lleno,  
imagen de su fortuna,  
al suelo feliz chileno.

Me encanta, flor peregrina,  
esa tu actitud modesta;  
el que te ve se imagina  
ver una joven honesta,  
que el rostro a la tierra inclina.

Bella flor, y ¿a qué pincel  
debiste tu nieve hermosa?  
A tu lado, en el vergel,  
vulgar parece la rosa,  
y presumido el clavel.

Esa nítida blancura  
con que la vista recreas,  
sin duda te dio natura  
para que símbolo seas  
de una alma inocente y pura;

De una alma en cuyo recinto  
no ardió peligrosa llama,  
y que, por nativo instinto,  
sólo nobles hechos ama,  
cual la de Enriqueta Pinto...

Mas, Enriqueta, tú quieres  
la verdad en un ropaje  
más natural, y prefieres  
sus acentos al lenguaje  
de que gustan las mujeres.

Te enfadan alegorías;  
desprecias vanas ficciones;  
niña aún, te divertías  
en instructivas lecciones,  
no en frívolas poesías.

Dejemos los oropeles  
a labios engañadores  
de almibarados donceles;  
otras niñas buscan flores;  
a ti te agradan laureles.

Oye, pues, querida mía,  
la voz ingenua y sincera,  
que en fe de su amor te envía

una alma que considera  
suya propia tu alegría.

¡Con qué júbilo afectuoso  
contemplo esa unión felice,  
nudo santo y amoroso,  
que tantos bienes predice  
a la esposa y al esposo!

¡Quiera fecundarla el cielo  
con renuevos que den gloria  
y grandeza al patrio suelo,  
y le acuerden la memoria  
o del padre o del abuelo!

Y cual corre fuente pura  
entre lirios y azahares,  
así corra la ventura  
siempre exenta de pesares  
de tu existencia futura.

O si la dicha terrena  
tasa el Autor soberano  
de la vida; si El ordena  
que des al destino humano  
tu contribución de pena,

Hija, esposa y madre, amor  
en ti consuelos derrame,  
y te vuelva la interior  
serenidad, y embalsame  
las heridas del dolor.

Y perdona, niña, a un viejo,  
que, como triste graznido  
de búho, en nupcial festejo,  
te hace oír el desabrido  
duro acento del consejo.

Vanidad y afectación  
jamás tu candor empañen;  
y en toda voz, toda acción,  
como suelen, te acompañen  
cordura y moderación;

Que en la fortuna más alta

es el mérito modesto  
oro que a la seda esmalta;  
y en un envidiado puesto  
con más esplendor resalta.

## LAS FANTASMAS

(Imitación de las orientales de Víctor Hugo)

### I

¡Ah, qué de marchitas rosas  
en su primera mañana!  
¡Ah, qué de niñas donosas  
muertas en edad temprana!  
Mezclados lleva el carro de la muerte  
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor  
rinda su alegre esperanza  
a la hoz del segador;  
es forzoso que la danza  
en el gozo fugaz de los festines  
huelle los azahares y jazmines;

Que, huyendo de valle en valle,  
sus ondas la fuente apure;  
y que el relámpago estalle,  
y un solo momento dure;  
y el vendaval que perdonó a la zarza  
la fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:  
la aurora anuncia el ocaso.  
En torno a espléndida mesa,  
jovial turba empina el vaso;  
unos apenas gustan, y ya salen;  
pocos hay que en el postre se regalen.

### II

¡Murieron, murieron mil!  
la rosada y la morena;

la de la forma gentil;  
la de la voz de sirena;  
la que ufana brilló; la que otro ornato  
no usó jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente  
en la macilenta palma,  
mira al suelo tristemente;  
y al fin rompe al cuerpo el alma;  
como el jilguero, cuando oyó el reclamo,  
quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra, en un nombre querido,  
con loca fiebre delira;  
otra acaba, cual gemido  
lánguideo de eolia lira,  
que el viento pulsa; o plácida fallece,  
cual sonriendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apenas,  
y ya cadáveres fríos!...  
palomas, de mimos llenas,  
y de hechiceros desvíos;  
primavera del mundo, apetecida  
gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó la huesa?  
¿ni una voz? ¿ni una mirada?  
¿tanta llama, hecha pavesa?  
¿y tanta flor, deshojada?  
¡Adiós! huyamos a la amiga sombra  
de anciano bosque; pisaré la alfombra

De secas hojas, que crujan  
bajo mi pie vagoroso  
Fantasmas se me dibujan  
entre el ramaje frondoso;  
a incierta luz siguiendo voy su huella,  
y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,  
y mi sombra despertó?  
¿Cómo ellas estoy yo muerto?  
¿O ellas vivas, como yo?  
Yo la mano les doy entre las ralas  
calles del bosque; ellas a mí sus alas;

y a su forma vaga, etérea,  
mi pensamiento se amolda...  
A do, meciendo funérea  
colgadura, el sauce entolda  
un blanco mármol, de tropel se lanzan;  
y en baja voz me dicen: ¡ven!... y danzan.

Vanse luego paso a paso  
por la selva, y de repente  
desparecen... Yo repaso  
la visión acá en mi mente,  
y lo que entre los hombres ver solía,  
reproduce otra vez la fantasía.

### III

¡Una entre todas!... tan clara  
la bella efigie, el semblante  
me recuerdo, que jurara  
estarla viendo delante:  
crespas madejas de oro su cabello;  
rosada faz; alabastrino cuello;

albo seno, que palpita  
con inocentes suspiros;  
ojos, que el júbilo agita,  
azules como zafiros;  
y la celeste diáfana aureola  
que en sus quince a las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor  
de un liviano afecto, cupo;  
no supo jamás de amor,  
aunque inspirarlo sí supo.  
Y si cuantos la ven, la llaman bella,  
nadie al oído se lo dice a ella.

El baile fue su pasión,  
y costole caro asaz:  
deslumbradora ilusión,  
que pasatiempo y solaz  
a todo pecho juvenil ofrece;  
pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa  
sobre su sepulcro alguna  
nube de cándida gasa,  
que hace fiestas a la luna,  
o el mirto que lo cubre el viento mece,  
rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,  
que para el baile la empeña;  
y si piensa en él de día,  
en él a la noche sueña;  
vuélanle en derredor regocijadas  
visiones de danzantes, silfos y hadas;

y la cercan plumas, blondas,  
canastillas y bandejas,  
mué de caprichosas ondas,  
crespón, de que las abejas  
pudieran hacerse alas; cintas, flores,  
tocas de formas mil, de mil colores.

#### IV

Ya llega... los elegantes  
le hacen rueda; luce el rico  
bordado; en los albos guantes  
se abre y cierra el abanico.  
Ya da principio la anhelada fiesta:  
y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta o se desliza!  
¡Qué movimiento agraciado!  
Sus ojos, bajo la riza  
crencha del pelo dorado,  
brillan, como dos astros en la ceja  
de luz que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,  
juego, donaire, alegría,  
inocencia... En una oscura,  
solitaria galería,  
yo, que los grupos móviles miraba,  
a Lola pensativo contemplaba...

Pensativo... caviloso...

y triste no sé si diga;  
en el baile bullicioso,  
el loco placer hostiga;  
enturbia el tedio la delicia, y rueda  
impuro polvo en túnicas de seda.

Lola, en la festiva tropa,  
va, viene, revuelve, gira:  
¡valse! ¡cuadrilla! ¡galopa!  
no descansa, no respira;  
seguir no es dado el fugitivo vuelo  
del lindo pie, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones,  
alegre canto, reflejos  
de arañas y de blandones,  
de lámparas y de espejos;  
flores, perfumes, joyas, tules, rasos,  
grato rumor de voces y de pasos,

toda la exalta; la sala  
multiplica los sentidos.  
No sabe el pie si resbala  
sobre cristales pulidos,  
o sobre nube rápida se empine,  
o en agitadas olas remoline.

V

¡De día ya!... ¿Cuánto tarda  
la hora que al placer da fin?  
Lola en el umbral aguarda  
por la capa de satín;  
y bajo la delgada mantellina,  
cuela alevosa el aura matutina.

¡Ah! ¡que triste tornaboda!  
Risas, placeres, ¡adiós!  
¡Adiós, arreos de moda!  
Al canto sigue la tos;  
al baile, ardor febril que la desvela,  
dolor que punza, y respirar que anhela;

y a la fresca tez rosada  
la cárdena sigue luego;

y la pupila empañada  
a la pupila de fuego.  
Murió... ¡la alegre! ¡la gentil! ¡la pura!  
¡la amada!... el baile abrió su sepultura.

Murió... la muerte la arranca  
del abrazo maternal-  
último abrazo- y la blanca  
vestidura funeral  
le pone, en vez del traje de la fiesta,  
y es en un ataúd donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno  
guarda la escogida flor,  
que prendida llevó al seno;  
y aún conserva su color:  
cogiola en el jardín su mano hermosa,  
y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡Qué distante  
de adivinar su fortuna,  
cuando la arrullaba infante,  
cuando la meció en la cuna,  
y con solicitud, con ansia tanta,  
miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?... Su amor, su Lola,  
cebo del gusano inmundo,  
amarilla, muda, sola,  
en un retrete profundo  
duerme; y si en clara noche del hibierno,  
interrumpe la luna el sueño eterno,

Y a solemnizar la queda  
los difuntos se levantan,  
y en la apartada arboleda  
fúnebres endechas cantan;  
en vez de madre, un descarnado y triste  
espectro al tocador de Lola asiste.

«Hora es, dice, date prisa»;  
y abriendo los pavorosos  
labios con yerta sonrisa,  
pasa los dedos nudosos  
de la descomunal mano de hielo  
sobre las ondas del dorado pelo;

y luego la besa ufano;  
y de mustia adormidera  
la enguinalda; y de la mano,  
la conduce a do la espera,  
saltando entre las tumbas, coro aerio,  
a la pálida luz del cementerio,

y tras un alto laurel  
la luna su faz recata,  
sirviéndole de dosel  
nubes con franjas de plata,  
que el iris de la noche en torno ciñe,  
y de colores opalinos tiñe.

## VI

¡Niñas! no el placer os tienta,  
que víctima tanta inmola;  
mas tened, tened presente  
a la malograda Lola;  
la compañera hermosa, amable, honesta,  
arrebataada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,  
gracia, beldad, lozanía,  
y de todas estas flores  
una guirnalda tejía;  
y cuando en matizarla se divierte,  
a esta dulce labor da fin la muerte.

## A OLIMPIO

(Imitación de Víctor Hugo)

### I

¿Recuerdas, Olimpio-, aquella  
única amistad constante,  
que no copió en su semblante  
las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo

que en la miseria ha dejado  
a tu corazón llagado  
por último bien el cielo?

Testigo de los azares  
de la encarnizada lidia  
en que te postró la envidia,  
que hoy te abrumba de pesares;

así te dijo; -y en tanto,  
una luz serena y clara  
desarrugaba tu cara,  
mojando la suya el llanto:

## II

«¿Eres tú aquel cuya gloria  
ensalzaron nobles plumas,  
y miraban de reojo  
mil envidias taciturnas?

«Acatábante en silencio  
las gentes: la infancia ruda  
a escucharte se paraba,  
como la vejez caduca.

«Eras meteoro ardiente  
que en una noche profunda  
se lleva tras sí los ojos,  
cuando por el cielo cruza.

«Y ahora, arrancada palma,  
doblas tu cabeza mustia:  
no te da apoyo la tierra,  
no das al aire verdura.

«¡Cuántas frentes a la sombra  
acostumbraba la tuya!  
Y ahora, ¡qué de sonrisas  
irónicas te saludan!

«Ajado está el bello lustre  
de tu blanca vestidura;  
los que galán te adoraron,  
andrajoso, te hacen burla.

«La detracción en tu vida  
clavó sus garras impuras;  
es texto a malignas glosas  
tu reputación difunta;

«y como helado cadáver,  
desfigurada, insepulta,  
sabandijas asquerosas  
por todas partes la surcan.

«Revelada por la llama  
que a tu memoria circunda,  
tu existencia es un terrero  
que cuantos pasan insultan;

«y cien silbadoras flechas  
vienen a herirla una a una,  
que en tu corazón inerme  
hondas encarnan la punta.

«Y con festivos aplausos  
cuenta el vulgo las agudas  
heridas, y los dolores,  
y las ansias moribundas;

«como suelen bandoleros,  
al ver la presa segura,  
contar monedas y joyas  
que reciente sangre enturbia.

«El alma, que de lo recto  
era un tiempo norma augusta,  
es ya como la taberna  
que por la noche relumbra;

«a cuya reja se apiñan  
curiosos, por si se escucha  
el canto de locas orgias,  
o de las riñas la bulla.

«Cortaron tus esperanzas,  
flor de que nadie se cura,  
manos crüeles, y al suelo  
las dan en trizas menudas.

«Nadie te llora; tu suerte  
ningún corazón enluta;  
tu nombre es un epitafio  
de desmoronada tumba;

«y el que con dolor fingido  
alguna vez lo pronuncia,  
es como el que muestra escombros  
de arruinada arquitectura,

«que un tiempo adornaron jaspes,  
y sustentaron columnas,  
y ya malezas la cubren,  
y vientos y aguas la injurian.

### III

«Mas ¿qué digo? En la miseria  
más elevado y sublime  
te muestras a quien la altura  
de tus pensamientos mide.

«Tu existencia, combatiendo  
a los contrapuestos diques,  
suena como el océano  
que asalta los arrecifes.

«Los que observaron de cerca  
la lucha, vuelven y dicen  
que, inclinándose a la margen,  
vieron tremenda Caribdis;

«mas puede ser que la vista,  
calando ese abismo horrible,  
la perla de la inocencia  
en lo más hondo divise.

«Turba los ojos la niebla  
de que parece vestirte;  
mas sobre ella un claro cielo  
serenas lumbres despide.

«¿Qué importa al cabo que el mundo  
contra tu entereza lidie,  
alzando nubes de polvo,

que cualquier soplo dirige?

«Para juzgar, ¿qué derecho,  
qué título nos asiste?  
¿Qué objeto no es un enigma  
para los ojos más lince?»

«¿La certidumbre?... ¡Insensatos,  
que imagináis tierra firme,  
la que celajes vistosos  
en vuestro discurso fingen!»

«Así puede asirla el juicio  
del hombre, como es posible  
a la mano asir el agua  
sin que presta se deslice.»

«Moja apenas, y al instante  
huye; y al pecho que gime,  
y al ardiente labio, nada  
deja que la sed mitigue.»

«¿Es día? ¿Es noche? Los ojos  
nada absoluto distinguen:  
toda raíz lleva frutos;  
y todo fruto raíces.»

«Apariencias nos fascinan,  
ya sombras densas contristen  
la vista, o ya luminosos  
colores la regocijen.»

«Un objeto mismo a visos  
diferentes llora y ríe:  
por un lado, terso lustre;  
por el otro, oscuro tizne.»

«La nube en que el marinero  
ve rota nave irse a pique,  
para el colono es un campo  
que doradas mieses rinde.»

«¿Quién habrá que los misterios  
del pecho humano escudriñe?  
¿Quién, que las transformaciones  
varias de un alma adivine?»

«Larva informe surca el lodo;  
y tal vez mañana, libre  
mariposa, alas de seda  
despliegue, y aromas libe.

#### IV

«Pero tú penas; y ¿cómo  
pudo ser que no penaras,  
oh víctima sin ventura  
de persecución villana?

«¿Tú, a quien la calumnia muerde  
lo más sensible del alma?  
¿Tú, en quien el sarcasmo agota  
sus flechas enherboladas?

«Herido león, huiste  
a selva solitaria;  
y allí memorias acerbadas  
te hacen más honda la llaga.

«A ellas entregado vives;  
y ¡cuántas veces, ay, te halla  
la noche en la actitud misma  
en que te halló la mañana!

«¡Dichoso, cuando a la sombra  
en que tu pecho descansa,  
la sombra, de los que piensan  
favorecida morada;

«desde el alba hasta el ocaso,  
desde el ocaso hasta el alba,  
contemplando las facciones  
del valle y de la montaña;

«atento al tapiz musgoso  
que las rocas engalana,  
al sosiego de los campos,  
o al tumulto de las aguas;

«a la lozana verdura  
de yerbas jamás holladas,

o a la nieve que los montes  
empinados amortaja;

«a la bostezante gruta  
de tenebrosa garganta,  
y de verde cabellera,  
con florecida guirnalda;

«O a la mar, do las antorchas  
del mundo su curso acaban,  
que como un pecho viviente  
respirando sube y baja;

«o siguiendo con los ojos  
desde la arenosa playa,  
al ligero esquife, alegre  
depósito de esperanzas;

«que las velas tiende y huye,  
huye, y rompe la delgada  
hebra que ata el duro pecho  
del marinero a la patria;

«sobre el risco, donde tantos  
dispersos rumores vagan;  
bajo la espesura umbrosa,  
donde ni el silencio calla;

«a los ecos das un eco;  
a las confusas palabras  
de místicas armonías  
vibra tu mente inspirada;

«y concurre al inmenso  
coro que todo lo abraza,  
lo que remontado vuela,  
y lo que humilde se arrastra;

«¡Coro de infinitas voces  
que suspende y arrebat,  
y en que la naturaleza  
a todos los seres habla!

«Consuélate, que algún día,  
y no distante quizás,  
el imperio de las almas  
a la tuya volverá;

«y ha de verse, ante los ojos  
más obcecados, brillar  
con nueva luz, de tu frente  
la nativa majestad;

«como joyel, a que el polvo  
deslustró la tersa faz,  
nuevamente acicalado  
para fiesta nupcial.

«En vano tus enemigos,  
de la sátira mordaz  
contra tu pecho inocente  
aguzaron el puñal;

«y divulgaron secretos  
fiados a la amistad,  
como quien derrama el agua  
sobre el camino real.

«En vano, en vano su furia  
humillada lanzarán  
contra tu nombre, a manera  
de enhambrecido chacal,

«que, para saciar la rabia  
de su apetito voraz,  
desgarra la última carne  
del hueso roído ya.

«Esos hombres que te ponen  
piedras en que tropezar,  
y de asechanzas te cercan,  
no, no prevalecerán.

«Pasarán, como vislumbres  
entre espeso matorral,  
que a merced del viento corren,  
y no dejan huella atrás.

«Te detestarán, sin duda,

con el rencor infernal  
que alimenta contra el cielo  
el pecho de Satanás;

«pero las voces de muerte,  
que como ardiente raudal  
salen de su boca impía,  
leve soplo extinguirá.

«Mira entre tanto con ojos  
de generosa piedad  
a los que de un bajo instinto  
arrastra el poder fatal;

«a los que, en densa ignorancia  
sumidos, no ven rayar  
celestes albor, que ilumine  
su mísera ceguera;

«que llaman luz a la sombra,  
y bonanza al huracán,  
y andan a tientas, sin rumbo,  
sin ley, sin fe, sin altar;

«al soberbio que levanta  
contra el débil el procaz  
estrépito del torrente,  
demolido el valladar;

«a la mujer seductora,  
desamorada beldad,  
a quien la sonrisa, estudio,  
a quien es arte el mirar;

«y en cuyo ropaje, suelto  
a los vientos, redes hay,  
redes, que prenden las almas  
en dura cautividad;

«al ambicioso que trepa  
sobre el ambicioso, a par  
de la hiedra, que a sí misma  
entretejiéndose va;

«a la turba lisonjera  
que rinde a cada deidad

efímera el torpe incienso  
de su adoración venal;

«y a declamadores vanos,  
que hacen rüido y no más;  
oráculos que atestiguan  
la insensatez general.

«¿Qué son contigo esos hombres  
de un día, enjambre fugaz  
de insectos que vio la aurora,  
y la tarde no verá?

«Ellos son viles, tú grande,  
es el interés su imán,  
la gloria el tuyo: la guerra  
apetecen, tú la paz.

«Nada hay común a la suya,  
y a tu carrera inmortal;  
ni se puede su alegría  
a tu dolor igualar;

«que es sublime y grandioso  
espectáculo el que da  
la mano dispensadora  
que reparte el bien y el mal,

«y alejando al genio el cebo  
de lo vano y lo falaz,  
lo labra con el arado  
que se llama adversidad».

## VI

¡Olimpio! un amigo fiel  
entonces te hablaba así,  
queriendo apartar de ti  
la henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga  
que antes te halagó perjura,  
quiso de la desventura  
aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,  
no de metal diferente,  
como el gran río a la fuente,  
como al esquife la nave,

Le hablaste; -y cruzó veloz  
una sombra tu semblante;  
y un tierno afecto un instante  
hizo vacilar tu voz:

## VII

¡No me consueles, ni te aflijas! Vivo  
pacífico y sereno,  
que sólo miro al mundo de las almas,  
no a ese mundo terreno.

«Ni es tan perverso el hombre: la fortuna,  
liberal o mezquina,  
tiñe en puro licor o en turbias heces  
la copa cristalina.

«Del estrecho teatro, que aprisiona  
tu pensamiento, el mío  
oye a lo lejos el rumor, y vuela  
a su libre albedrío.

«Si murmura la fuente, o solitaria  
bulle una verde orilla,  
o viene a mis oídos el arrullo  
de amante tortolilla;

«O el esquilón de las exequias llora  
en la torre sublime,  
o de los sauces la colgante rama  
sobre las cruces gime;

«Paréceme que huella excelsa cumbre,  
a do conduce el viento,  
de cuanto ser criado habita el orbe  
una voz de lamento.

«Allí la pequeñez a la grandeza,  
el barro al oro igualo;  
y exploro los arcanos del abismo,

y el firmamento escalo.

«Cuando el humo lejano se levanta  
de humilde choza, pienso  
que en el ara se exhala, do se quema  
a Dios devoto incienso;

«Y de dispersas luces por la noche  
sembrada la llanura,  
el infinito espacio tachonado  
de soles me figura.

«Contemplo allí de lejos cuanto puebla  
la tierra, el mar profundo,  
y miro al hombre, misterioso mago,  
atravesar el mundo.

«Y como suele el pájaro a su pluma,  
me entrego al pensamiento;  
y entiendo qué es la vida, y lo que dice  
aquel doliente acento.

«¿Y quieres que murmure de mi suerte?  
¿Cuál es el hombre, dime,  
a quien, parcial el cielo, de la carga  
universal exime?

«Yo, que lóbrega noche vivo ahora,  
en mi denso horizonte  
conservo, cual rosada luz, que deja  
la tarde en alto monte,

«La llama del honor, divina lumbre,  
que, en apacible calma,  
todavía ilumina lo más alto,  
lo más puro del alma.

«Sin duda un tiempo -¿qué razón temprana  
de este modo no yerra?  
sueños dorados vi, cuales el hombre  
suele ver en la tierra.

«Vi alzarse mi existencia coronada  
de visiones hermosas;  
mas ¡qué! ¿debí juzgar que fuese eterna  
la vida de las rosas?

«Las ilusiones que tocar pensaban  
mis infantiles manos,  
disipó la razón, como disipa  
la aurora espectros vanos.

«Y digo ya a la dicha lo que dice  
navegante que deja  
el suelo patrio, a la querida orilla  
que más y más se aleja.

«Señala Dios a todo ser que nace  
su herencia de dolores,  
como, a la aurora, un amo a sus obreros  
reparte las labores.

«¡Ánimo, pues! ¿Qué importa a un alma grande,  
destello peregrino  
de antorcha celestial, eso que el hombre  
suele llamar destino?

«Ni elación en la frente generosa,  
ni aparezca desmayo,  
ora brille a los ojos la serena  
luz del día, ora el rayo.

«Brame allá abajo la preñada nube  
que tempestades mueve,  
y su tranquilidad conserve el alma,  
cual la cumbre su nieve.

«Forceja en vano el rebelado orgullo  
contra la ley severa  
necesidad o expiación se llame  
que al universo impera;

«Rueda fatal, que a todo lo criado  
en movimiento eterno  
girando abrumba, y de una mano sola  
reconoce el gobierno».

## LOS DUENDES

(Imitación de Víctor Hugo)

## I

No bulle  
la selva;  
el campo  
no alienta.  
Las luces  
postreras  
despiden  
apenas  
destellos,  
que tiemblan.  
La choza  
plebeya,  
que horcones  
sustentan;  
la alcoba,  
que arrear  
cristales  
y sedas;  
al sueño  
se entregan.  
Ya es todo  
tinieblas.  
¡Oh noche  
serena!

¡Oh vida  
suspensa!  
La muerte  
remedas.

## II

¿Qué rüido  
sordo nace?  
Los cipreses  
colosales  
cabecean  
en el valle;  
y en menuda  
nieve caen  
deshojados  
azahares.

¿Es el soplo  
de los Andes,  
atizando  
los volcanes?  
¿Es la tierra,  
que en sus bases  
de granito  
da balances?  
No es la tierra;  
no es el aire;  
son los duendes  
que ya salen.

### III

Por allá vienen;  
¡qué batahola!  
ora se apiñan  
en densa tropa,  
que hiende rápida  
la parda atmósfera;  
y ora se esparcen,  
como las hojas  
ante la ráfaga  
devastadora.  
Si chillan éstos,  
aquéllos roznan.  
Si trotan unos,  
otros galopan.  
De la cascada  
sobre las ondas,  
cuál se columpia,  
cuál cabriola.  
Y un duende enano,  
de copa en copa,  
va dando brincos,  
y no las dobla.

### IV

¿Fantasmas acaso  
la vista figura?  
Como hinchadas olas  
que en roca desnuda

se estrellan sonantes,  
y luego reculan  
con ronco murmullo,  
y otra vez insultan  
al risco, lanzando  
bramadora espuma;  
así van y vienen,  
y silban y zumban,  
y gritan que aturden;  
el cielo se nubla;  
el aire se llena  
de sombras que asustan;  
el viento retiñe;  
los montes retumban.

## V

A casa me recojo;  
echemos el cerrojo.  
¡Qué triste y amarilla  
arde mi lamparilla!  
¡Oh Virgen del Carmelo!  
aleja, aleja el vuelo  
de estos desoladores  
ángeles enemigos;  
que no talen mis flores,  
ni atizonen mis trigos.  
Ahuyenta, madre, ahuyenta  
la chusma turbulenta;  
y te pondré en la falda  
olorosa guirnalda  
de rosa, nardo y lirio;  
y haré que tu sagrario  
alumbre un blanco cirio  
por todo un octavario.

## VI

¡Cielos! ¡lo que cruje el techo!  
¡y lo que silba la puerta!  
Es un turbión deshecho.  
De lejos oigo estallar  
los árboles de la huerta,  
como el pino en el hogar.

Si dura más el tropel,  
no amanecerá mañana  
un cristal en la ventana,  
ni una hoja en el vergel.

## VII

San Antón, no soy tu devoto,  
si no le pones luego coto  
a este diabólico alboroto.  
¡Motín semeja, o terremoto,  
o hinchado torrente que ha roto  
los diques, y todo lo inunda!  
¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué barahúnda!...  
¿Qué significa, raza inmunda,  
esa aldabada furibunda?  
El rayo del cielo os confunda,  
y otra vez os pele y os tunda,  
y en la caverna más profunda  
del inflamado abismo os hunda.

## VIII

Ni por ésas. Parece que arroja  
el infierno otro denso nublado,  
o que el diablo al oírme se enoja;  
y empujando el ejército alado,  
el asalto acrecienta y aviva.  
El tejado va a ser una criba;  
cada envión que recibe mi choza,  
yo no sé cómo no la destroza  
a tamaña batalla no es mucho  
que retiemble, y que toda se cimbre,  
cual si fuese de lienzo o de mimbres...  
¿Es el miedo? o ¿quién anda en la sala?  
*Vade retro*, perverso avechucho...  
¡Ay! matome la luz con el ala...

## IX

¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto!...  
Amedrentado el corazón palpita...  
y la legión de Lucifer en tanto,

reforzando la trápala y la bulla,  
a un tiempo brama, gruñe, llora, grita,  
bufa, relincha, ronca, ladra, aúlla;  
y asorda estrepitosa los oídos,  
mezclando carcajadas y alaridos,  
voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.  
¡Qué fiero son de trompas y cornetas!  
¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!  
¡Qué destemplado chirrido de carretas!...  
¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremece,  
y según es el huracán, parece  
que a la casa y a mí nos lleva al vuelo...  
¡Perdido soy!... ¡Misericordia, cielo!

## X

¡Ah! Por fin en la iglesia vecina  
a sonar comenzó la campana...  
Al furor, a la loca jarana,  
turbación sucedió repentina.  
El tañido de aquella campana  
a la hueste infernal amohina,  
sobrecoge, atolondra, amilana.  
Como en pecho abrumado de pena  
una luz de esperanza divina;  
como el sol en la densa neblina,  
de los montes rizada melena;  
el tañido de aquella campana,  
que tan alto y sonoro domina,  
y se pierde en la selva lejana,  
el tumulto en el aire serena.

## XI

¡Partieron! La sonante nota  
a la hueste infernal derrota.  
Uno a otro apresura, excita,  
estrecha, empuja, precipita.  
Huyó la fementida tropa;  
no trota ya, sino galopa;  
no galopa ya, sino vuela.  
Por donde pasa la bandada,  
una sombra más atezada  
los montes y los valles vela,

y el luto de la noche enluta.  
Como de leña mal enjuta,  
que en el hogar chisporrotea,  
de mil pupilas culebrea  
rojiza luz intermitente,  
que va señalando la ruta  
de Satanás y de su gente.

## XII

Cesó, cesó la zozobra.  
A escape va la pandilla;  
y la tierra se recobra  
de la grave pesadilla  
de esta visita importuna;  
y la perezosa luna  
sale al fin, y el campo alegre.  
Allá va la sombra negra;  
distante suena la grita  
de la canalla maldita;  
como cuando ciñe un monte  
de nubes el horizonte,  
y desde su oscuro seno  
rezonga lejano trueno;  
como cuando primavera  
tus nieves ha derretido,  
gigantesca cordillera,  
y a lo lejos se oye el ruido  
de impetuosa corriente  
que arrastra una selva entera,  
cubre el llano y corta el puente.

## XIII

Mas a ti, ¿qué fortuna,  
huerta mía, te cabe?  
¿Respiras ya del grave  
afán? ¿Injuria alguna  
sufriste?... ¡Cuánta asoma,  
entreabierta a la luna,  
nueva flor! ¡Cuánto aroma  
de rosas y alelíos  
el ambiente embalsama!  
No hay una mustia rama;

no hay un doblado arbusto.  
Parece que te ríes  
de tu pasado susto.

#### XIV

Sobre aquellos boldos  
que a un pelado risco  
guarnecen la falda,  
al amortecido  
rayo de la luna,  
van haciendo giros.  
Enjambre parecen  
de avispas, que el nido  
materno abandona,  
despojo de niños  
traviesos, y vuela  
errante y proscrito.

#### XV

¡Desventurados!  
Del patrio albergue  
también vosotros  
gemís ausentes;  
vagar proscritos  
os cupo en suerte...  
¡Terrible fallo!  
¡y eterno!... ¡Pesen  
mis maldiciones,  
blandas y leves,  
sobre vosotros,  
miseros duendes!

#### XVI

Hacia el cerro  
que distingue  
lo sombrío  
de su tizne  
-padrón negro  
de hechos tristes-  
vagorosas

ondas finge,  
parda nube,  
con matices  
colorados,  
como el tinte  
que a la luna  
da el eclipse;  
y en la espira  
que describe,  
rastros deja  
carmesíes...  
¿En qué abismos,  
infelice  
nubecilla,  
vas a hundirte?...  
Ya los ojos  
no la siguen;  
ya es un punto;  
ya no existe.

## XVII

¡Que calma  
tranquila!  
Tras leve  
cortina  
de gasa  
pajiza,  
la luna  
dormita.  
Al sueño  
rendidas,  
las flores  
se inclinan.  
El viento  
no silba,  
ni el aura  
suspira.  
Tú sola  
vigilas;  
tú siempre  
caminas,  
y al centro  
gravitas,  
¡oh fuente

querida!  
ya turbia;  
ya limpia;  
ya en calles,  
que lilas  
y adelfas  
tapizan;  
ya en zarzas  
y espinas.  
¡Tal corre  
la vida!

## LA ORACIÓN POR TODOS

(Imitación de Víctor Hugo)

I

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora  
de la conciencia y del pensar profundo:  
cesó el trabajo afanador, y al mundo  
la sombra va a colgar su pabellón.  
Sacude el polvo el árbol del camino,  
al soplo de la noche; y en el suelto  
manto de la sutil neblina envuelto,  
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! su ruedo de cambiante nácar  
el occidente más y más angosta;  
y enciende sobre el cerro de la costa  
el astro de la tarde su fanal.  
Para la pobre cena aderezado,  
brilla el albergue rústico; y la tarda  
vuelta del labrador la esposa aguarda  
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera  
uno tras otro fúlgido diamante;  
y ya apenas de un carro vacilante  
se oye a distancia el desigual rumor.  
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,  
y la iglesia, y la choza, y la alquería;  
y a los destellos últimos del día  
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento  
en la arboleda, el pájaro en el nido,  
y la oveja en su trémulo balido,  
y el arroyuelo, en su correr fugaz.  
El día es para el mal y los afanes:  
¡He aquí la noche plácida y serena!  
El hombre, tras la cuita y la faena,  
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños  
conversan con espíritus alados;  
y los ojos al cielo levantados,  
invocan de rodillas al Señor.  
Las manos juntas, y los pies desnudos,  
fe en el pecho, alegría en el semblante,  
con una misma voz, a un mismo instante,  
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa,  
sobre su cuna volarán ensueños,  
ensueños de oro, diáfanos, risueños,  
visiones que imitar no osó el pincel.  
Y ya sobre la tersa frente posan,  
ya beben el aliento a las bermejas  
bocas, como lo chupan las abejas  
a la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala  
esconde su cabeza laavecilla,  
tal la niñez en su oración sencilla  
adormece su mente virginal.  
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!  
¡de natural piedad primer aviso!  
¡fragancia de la flor del paraíso!  
¡preludio del concierto celestial!

## II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo,  
ruega a Dios por tu madre; por aquella  
que te dio el ser, y la mitad más bella  
de su existencia ha vinculado en él;  
que en su seno hospedó tu joven alma,  
de una llama celeste desprendida;

y haciendo dos porciones de la vida,  
tomó el acíbar y te dio la miel.

Ruega después por mí. Más que tu madre  
lo necesito yo... Sencilla, buena,  
modesta como tú, sufre la pena,  
y devora en silencio su dolor.  
A muchos compasión, a nadie envidia,  
la vi tener en mi fortuna escasa;  
como sobre el cristal la sombra, pasa  
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ¡ni lo sean  
a ti jamás!... los frívolos azares  
de la vana fortuna, los pesares  
ceñudos que anticipan la vejez;  
de oculto oprobio el torcedor, la espina  
que punza a la conciencia delincuente,  
la honda fiebre del alma, que la frente  
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,  
conozco el mundo, y sé su alevosía;  
y tal vez de mi boca oirás un día  
lo que valen las dichas que nos da.  
Y sabrás lo que guarda a los que rifan  
riquezas y poder, la urna aleatoria,  
y que tal vez la senda que a la gloria  
guíar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,  
y cada instante alguna culpa nueva  
arrastra en la corriente que la lleva  
con rápido descenso al ataúd.  
La tentación seduce; el juicio engaña;  
en los zarzales del camino deja  
alguna cosa cada cual: la oveja  
su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, a rezar por mí, y al cielo  
pocas palabras dirigir te baste:  
«Piedad, Señor, al hombre que criaste;  
eres Grandeza; eres Bondad; ¡perdón!»  
Y Dios te oirá; que cual del ara santa  
sube el humo a la cúpula eminente,  
sube del pecho cándido, inocente,

al trono del Eterno la oración.

Todo tiende a su fin: a la luz pura  
del sol, la planta; el cervatillo atado,  
a la libre montaña; el desterrado,  
al caro suelo que le vio nacer;  
y la abejilla en el frondoso valle,  
de los nuevos tomillos al aroma;  
y la oración en alas de paloma  
a la morada del Supremo Ser.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,  
soy como el fatigado peregrino,  
que su carga a la orilla del camino  
deposita y se sienta a respirar;  
porque de tu plegaria el dulce canto  
alivia el peso a mi existencia amarga,  
y quita de mis hombros esta carga,  
que me agobia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,  
en esta noche de pavor, el vuelo  
de un ángel compasivo, que del cielo  
traiga a mis ojos la perdida luz.  
Y pura finalmente, como el mármol  
que se lava en el templo cada día,  
arda en sagrado fuego el alma mía,  
como arde el incensario ante la Cruz.

### III

Ruega, hija, por tus hermanos,  
los que contigo crecieron,  
y un mismo seno exprimieron,  
y un mismo techo abrigó.  
Ni por los que te amen sólo  
el favor del cielo implores:  
por justos y pecadores,  
Cristo en la Cruz expiró.

Ruega por el orgulloso  
que ufano se pavonea,  
y en su dorada librea  
funda insensata altivez;  
y por el mendigo humilde

que sufre el ceño mezquino  
de los que beben el vino  
porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios  
sumido en profundo cieno,  
hace aullar el canto obsceno  
de nocturno bacanal;  
y por la velada virgen  
que en su solitario lecho  
con la mano hiriendo el pecho,  
reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,  
en cuyo pecho no vibra  
una simpática fibra  
al pesar y a la aflicción;  
que no da sustento al hambre,  
ni a la desnudez vestido,  
ni da la mano al caído,  
ni da a la injuria perdón.

Por el que en mirar se goza  
su puñal de sangre rojo,  
buscando el rico despojo,  
o la venganza crüel;  
y por el que en vil libelo  
destroza una fama pura,  
y en la aleve mordedura  
escupe asquerosa hiel.

Por el que sulca animoso  
la mar, de peligros llena;  
por el que arrastra cadena,  
y por su duro señor;  
por la razón que leyendo  
en el gran libro vigila;  
por la razón que vacila;  
por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos  
los que penan y trabajan;  
y de todos los que viajan  
por esta vida mortal.  
Acuérdate aun del malvado  
que a Dios blasfemando irrita.

La oración es infinita:  
nada agota su caudal.

#### IV

¡Hija!, reza también por los que cubre  
la soporosa piedra de la tumba,  
profunda sima adonde se derrumba  
la turba de los hombres mil a mil:  
abismo en que se mezcla polvo a polvo,  
y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja  
de que al añoso bosque abril despoja,  
mezclar las tuyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra  
donde segada en flor yace mi Lola,  
coronada de angélica aureola;  
do helado duerme cuanto fue mortal;  
donde cautivas almas piden preces  
que las restauren a su ser primero,  
y purguen las reliquias del grosero  
vaso, que las contuvo, terrenal.

¡Hija!, cuando tú duermes, te sonrías,  
y cien apariciones peregrinas  
sacuden retozando tus cortinas:  
travieso enjambre, alegre, volador.  
Y otra vez a la luz abres los ojos,  
al mismo tiempo que la aurora hermosa  
abre también sus párpados de rosa,  
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡si supieras  
qué sueño duermen!.. su almohada es fría;  
duro su lecho; angélica armonía  
no regocija nunca su prisión.  
No es reposo el sopor que las abrumba;  
para su noche no hay albor temprano;  
y la conciencia, velador gusano,  
les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,  
hará que gocen pasajero alivio,  
y que de luz celeste un rayo tibio  
logre a su oscura estancia penetrar;

que el atormentador remordimiento  
una tregua a sus víctimas conceda,  
y del aire, y el agua, y la arboleda,  
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto  
la sombra ves, que de los cielos baja,  
la nieve que las cumbres amortaja,  
y del ocaso el tinte carmesí;  
en las quejas del aura y de la fuente,  
¿no te parece que una voz retiña,  
una doliente voz que dice: «Niña,  
cuando tú reces, ¿rezarás por mí?»

Es la voz de las almas. A los muertos  
que oraciones alcanzan, no escarnece  
el rebelado arcángel, y florece  
sobre su tumba perennal tapiz.  
Mas ¡ay! a los que yacen olvidados  
cubre perpetuo horror; hierbas extrañas  
ciegan su sepultura; a sus entrañas  
árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también no dista mucho el día  
huésped seré de la morada oscura,  
y el ruego invocaré de un alma pura,  
que a mi largo penar consuelo dé.  
Y dulce entonces me será que vengas,  
y para mí la eterna paz imploras,  
y en la desnuda losa esparzas flores,  
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,  
si disipadas fueron una a una  
las que mecieron tu mullida cuna  
esperanzas de alegre porvenir?  
Sí, le perdonarás; y mi memoria  
te arrancará una lágrima, un suspiro  
que llegue hasta mi lóbrego retiro,  
y haga mi helado polvo rebullir.

MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS

(Imitación de Víctor Hugo)

«¡Compañeras, al baño! alumbra el día  
la cúpula lejana;  
duerme en su choza el segador, y enfría  
las ondas la mañana.

«Menfis apenas bulle; hospedadora  
nos da la selva abrigo;  
y, tendremos, amigas, a la aurora  
por único testigo.

«De Faraón, mi padre, el jaspeado  
palacio al mundo asombra;  
a mí del bosque el pabellón, del prado  
me agrada más la alfombra.

«¿Qué son las fuentes en que el oro brilla,  
y el mármol de colores,  
a par del Nilo, y de esta verde orilla  
esmaltada de flores?

«No es tan grato el incienso que consume  
en el altar la llama,  
como entre los aromos el perfume  
que el céfiro derrama.

«Ni en el festín real me gozo tanto,  
como en oír la orquesta  
alada, que esparciendo dulce canto  
anima la floresta.

«¿Veis cuál se pinta en la corriente clara  
el puro azul del cielo?  
El cinto desatadme, y la tiara,  
y el importuno velo.

«¿Veis en aquel remanso trasparente  
zabullirse la garza?  
Las ropas deponed; y al blando ambiente  
el cabello se esparza.

«¡Ea! trisquemos en el fresco baño,  
alzando blanca espuma...  
Mas ¿qué objeto descubre tan extraño  
la fugitiva bruma?

«Mirad: enfrente al sicamor sombrío,  
que verdes arcos tiende  
sobre la playa, un bulto por el río  
lentamente desciende.

«No temáis: de una palma el tronco anciano,  
que en demanda navega  
de las altas pirámides, liviano  
sobre las ondas juega.

«¿O es de Hermes por ventura el carro leve?  
¿O es la concha divina  
de Isis, que con suave aliento mueve  
la brisa matutina?

«¿Qué digo? es tierno niño, que en ligera  
barca duerme al sereno  
arrullo de las olas, cual pudiera  
en el materno seno.

«Arrastra el Nilo la flotante cama,  
cual nido de avecilla  
que arrebatado hubiese a la retama  
de su silvestre orilla.

«¿Qué de peligros corre a un tiempo mismo!  
¿Cuál puerto de salud  
lo aguarda? ¿Mece el proceloso abismo  
su cuna o su ataúd?

«¿Los ojos abre, hijas de Menfis! llora  
¿Pudo una madre, ¡oh cielo!,  
al agua abandonar devoradora  
el hijo pequeñuelo?

«Tiende los brazos, ¡ay!, cual si supiera  
su malhadada suerte;  
y son frágiles cañas la barrera  
que presenta a la muerte.

«Es de la raza de Israel, sin duda,  
que mi padre sentencia  
a proscripción... pero ¿qué ley sañuda  
proscribe a la inocencia?

«¿Pobre niño! su llanto me conduce;

a su madre afligida  
sucederá otra madre; salvarele;  
me deberá la vida».

Ifisa hablaba así, joven princesa;  
y dócil al consejo  
de la piedad, acometió la empresa;  
y el juvenil cortejo

A la virgen, que presta se adelanta,  
de confianza llena,  
sigue, estampando con ligera planta  
la movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino,  
revolando las blondas  
madejas por el hombro alabastrino,  
la hija de las ondas.

El blanco pie con círculos de plata  
el espumoso río  
le ciñe; y ya a las olas arrebató  
el pequeño navío.

Palpita con la carga que suspende,  
alegre y orgullosa;  
y en sus mejillas el color se enciende  
de la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita  
y la presa reclama,  
el peso que la agobia deposita  
sobre la verde grama;

y del recién nacido alegremente  
cercan todas la cuna;  
y sonriendo, la asustada frente  
le besan una a una.

Mas ¡oh tú, que de lejos a tu hijo  
por la playa desierta  
seguiste desolada, el rostro fijo  
en su carrera incierta!

Llega; el hinchado seno da al infante;  
tu llanto ni su risa

revelarán en ti la madre amante,  
pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado  
con lágrimas de duelo  
y de gozo a la par, dulce cuidado  
de la tierra y del cielo,

El pequeño Moisés iba seguro;  
de Faraón crüel  
hospeda el regio alcázar al futuro  
caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada  
con las alas, el coro  
que ve a sus pies la bóveda estrellada,  
pulsaba liras de oro.

«Alégrate, Jacob, en el asilo  
de tu destierro el canto  
así sonaba, y no al impuro Nilo  
se mezcle más tu llanto.

«El Jordán a sus campos te convida;  
te oyó el Señor; Egipto  
marchar verá a la tierra prometida  
tu linaje proscripto.

«Ese niño que virgen inocente  
salvó de olas y vientos,  
es el profeta del Horeb ardiente,  
rey de los elementos.

«Humillaos, mortales insensatos,  
que al Eterno hacéis guerra;  
he ahí el legislador, que sus mandatos  
promulgará a la tierra.

«Cuna humilde, baldón de la fortuna  
juguete del profundo,  
ha salvado a Israel; humilde cuna  
ha de salvar al mundo».

LA COMETA VOLANTÍN

-Una bella Cometa se encumbraba  
tanto, que ya de vista se perdía.  
Reina se imaginaba  
de la región del viento;  
y no cabiendo en sí de la alegría  
y el envanecimiento  
y orgullo que sentía,  
al mirarse tan alta,  
ora danza, ora salta,  
ora se contonea,  
la larga cola ondea;  
y en susurro parlero,  
su dicha exprime... ¿Pero qué fortuna,  
qué estado venturoso y placentero,  
no empalaga por fin, y no importuna?  
¿Quién es aquel que dice:  
*A mí nada me falta; soy felice?*  
A madama Cometa  
asalta un pensamiento,  
que la turba y la inquieta,  
y acibara su gozo en un momento.  
Viendo que su carrera un hilo ataja,  
y que al arbitrio ajeno sube y baja,  
con voces tales entre sí murmura:

«¿Por qué razón me quita  
esta cuerda maldita  
la dulce libertad y la soltura  
dada a toda volátil criatura?  
¿Por qué el hombre se ha hecho,  
contra todo derecho,  
dueño de mi albedrío,  
sagrado, imprescriptible patrimonio  
de lo viviente?... ¡Oh qué destino el mío,  
si pudiese correr exenta y vaga  
por ese mundo, en brazos de Favonio,  
que amoroso me halaga;  
y ya a guisa del águila altanera  
remontarme a las nubes, ya rastrera  
andar de prado en prado,  
cual suelto pajarillo,  
picando aquí la rosa, allá el tomillo!  
¿A qué el instinto volador me es dado,  
si he de vivir encadenada al suelo,  
juguete de ese imbécil tiranuelo,

que según se le antoja,  
o me tira la rienda o me la afloja?  
¡Pluguiese a Dios viniera  
una ráfaga fiera,  
que os hiciese pedazos,  
ignominiosos lazos!»

Escuchó Jove el temerario voto.  
Viene bufando el Noto.  
La cuerda silba, estalla. ¡Adiós Cometa!  
La sin ventura da una voltereta;  
cabecea ya a un lado,  
ya al otro; al fin trabuca, y mal su grado,  
entre las risotadas y clamores  
de los espectadores,  
que celebran su mísero destino,  
fue de cabeza a dar en un espino.

Eres vivo retrato  
de esta pandorga, tú, pueblo insensato,  
que llamas a la ley servil cadena;  
y en licenciosa libertad venturas  
y glorias te figuras.  
Eso mismo te ensalza, que te enfrena.

## LA COMETA

Por la región del viento,  
una bella Cometa se encumbraba;  
y ufana de mirarse a tanta altura  
sobre el terreno asiento,  
que habita el hombre y el servil jumento,  
de esta manera entre sí misma hablaba:

¿Por qué la libertad y la soltura,  
dada a toda volátil criatura  
esta cuerda maldita,  
tan sin razón me quita?  
¡Ah; qué feliz estado fuera el mío,  
si espaciarme pudiese a mi albedrío  
por esa esfera luminosa y vaga  
del aire, imprescriptible patrimonio  
de lo volante, en brazos de Favonio,  
que amoroso me halaga;

y ya, a guisa del águila altanera,  
al sol me remontase, ya rastrera  
girase, como suelto pajarillo,  
de jardín en jardín, de prado en prado,  
entre el nardo, la rosa y el tomillo!  
¿A qué el instinto volador me es dado,  
si he de vivir encadenada al suelo,  
juguete de un imbécil tiranuelo,  
que, según se le antoja,  
o me tira la rienda, o me la afloja?  
¡Pluguiese a Dios viniera  
una ráfaga fiera  
que os hiciese pedazos,  
ignominiosos lazos!»

Oyó el Tonante el temerario voto.  
Viene bufando el Noto.  
La cuerda silba, estalla... ¡Adiós, Cometa!  
La pobrecilla da una voltereta;  
cabecea, ya a un lado,  
ya al otro; y mal su grado,  
entre las risotadas y clamores  
de los espectadores,  
que celebran su mísero destino,  
de cabeza fue a dar en un espino.

De esta pandorga, tú, vulgo insensato,  
eres vivo retrato,  
cuando a la santa ley, que al vicio enfrena,  
llamas servil cadena;  
y en licenciosa libertad, venturas  
y glorias te figuras.

## LA MODA

Quise más de una vez, en mala hora,  
escribir una página, Isidora,  
que detener tu vista mereciera.  
Desoyome mi Musa. Toda entera  
me pasé, te lo juro, esta mañana,  
hilando coplas con tenaz porfía.  
-Musa, son para el álbum, le decía,  
de una joven beldad. -¡Plegaria vana!  
No me salió una sola ni mediana.

-Para este bello altar que se atavía  
con tanta flor de amena poesía,  
entretejer una guirnalda quiero,  
digna de la deidad que en él venero.  
Es tú lo sabes cosa  
de obligación forzosa.  
Si agradable te fue mi culto un día,  
te ruego, te conjuro, te requiero,  
amada Musa mía,  
que lo muestres ahora; y si ya cesas  
de mirarme propicia, este postrero  
favor te pido sólo. -¡Ni por ésas!

Despechado, el papel hice pavesas;  
al tintero, la pluma consignaba;  
y ofrecerle pensaba,  
por único tributo, humilde excusa  
la culpa echando a la inocente Musa,  
como es costumbre en semejantes casos;  
cuando acercarse miro a lentos pasos  
una, no sé si diga ninfa, diosa,  
aparición, fantasma: caprichosa  
forma que cada instante  
de color, de semblante,  
y de tocados, y de ropas muda:  
ora triste, ora alegre, ora sañuda;  
ya pálida, ya rubia, ya morena.  
Tan presto por el cuello y las espaldas  
derrama en ondas de oro la melena;  
tan presto, en trenzas de ébano cogida,  
adórnala de joyas y guirnaldas;  
y tan presto ¡qué horror! encanecida  
la lleva; o sin piedad la troncha y tala,  
y de prestados rizos hace gala.  
Ora el ropaje en anchuroso vuelo  
desplega; y va arrastrando luenga falda  
verde, azul, carmesí, purpúrea, gualda,  
de gasa, de tisú, de terciopelo.  
Señala luego en mórbido relieve  
su figura gentil basquiña leve.  
Sus ojos aprisiona en blanco velo,  
pudibunda beata,  
que hace de más valor lo que recata.  
Y un momento después, traviesa niña,  
ríe, retoza, guiña;  
no sabe tener quieta

su pupila de fuego;  
busca y rehuye luego:  
cuanto más melindrosa, más coqueta.

Suspense, absorto estaba yo pensando  
si era ilusión aquello; y lo estuviera,  
sabe Dios hasta cuándo,  
si ella misma por fin no me dijera:  
-Nadie puede sacarte del empeño  
en que te ves, sino mi numen solo.  
El arte de agradar yo sola enseño.  
Ríete de las Musas y de Apolo.  
Si aplaudido un poeta en boga está,  
y ante los ojos de las damas brilla,  
y con el loro, el gato y la perrilla,  
divide los honores del sofá,  
débelo todo a mí, que, cuando tomo  
esta mágica vara, lo más pobre  
hago rico, y trasmuto el oro en cobre.  
Sea su entendimiento agudo o romo,  
tosco o pulido, vista larga o corta,  
ingenio estéril o feraz, no importa,  
todo aquel que se viste mi librea,  
altivo, ufano, espléndido campea.  
Y a más de cuatro orates  
coronas di tempranas,  
que, a despecho de críticos embates,  
durarán no lo afirmo tres semanas.  
Por no cansarte más, yo soy la Moda.  
Oye; y aprenderás mi ciencia toda.  
En tres o cuatro prácticas lecciones,  
voy a especificar mis opiniones;  
y podrás expedirte en el presente  
caso, y en los demás, gallardamente.

-¿Una leyenda o cuento  
es a lo que dedicas el intento?  
Manos a la labor; o da principio  
con gran proemio de elegante ripio;  
o si te place, empieza  
con esa *nonchalance* de buen tono,  
con ese aire de lánguido abandono  
de quien al despertar se despereza,  
como si del lector no hicieses caso,  
ni de la historia; y cuando paso a paso,  
por entre mil rodeos,

ambages y floreos,  
llegue al fin el momento de contarla;  
y ya el lector dé al diablo tanta charla;  
allá como a la octava ciento y cuatro,  
mudarás de teatro,  
y en una digresión... importa un pucho  
que no tenga que ver poco, ni mucho,  
con el sujeto, porque, amigo, hoy día  
¿qué es para un escritor de fantasía,  
en resumidas cuentas, el sujeto?  
Es una percha cómoda, de donde  
cuanto en su seno tu cartera esconde;  
estudio, ensayo, informe mamotreto,  
puedes colgar sin el menor empacho.  
Uno de mis pupilos,  
excelente muchacho,  
ha escrito en diversísimos estilos  
composiciones vastas, panteísticas,  
escépticas, católicas y místicas,  
patrióticas, y báquicas, y eróticas,  
miríficas y exóticas;  
y se propone hacer una leyenda  
en que bonitamente las ensarte  
todas, sin que aparezca en nada el arte  
que es lo que más a un genio recomienda,  
dando en ella a lectores eruditos,  
que tengan razonables apetitos,  
una merienda monstruo, una merienda  
con variedad de platos estupenda.  
Pues, como digo, en una  
digresión... cuanto menos oportuna  
mejor; produces de esa  
suerte mayor sorpresa,  
que es en el arte un mérito sublime,  
a que debe aspirar todo el que rime.  
Era una transición obra de suma  
dificultad para la inhábil pluma  
de aquellos escritores desdichados  
de los tiempos pasados.  
Era, como ponerlos en un potro,  
el tener que pasar de un tema a otro,  
de modo que el lector inteligente,  
con movimiento el más süave y blando,  
se hallara, sin saber cómo, ni cuándo,  
arreatado a un mundo diferente.  
En esto, como en todo,

los modernos han dado  
un paso agigantado.  
Hácese de este modo:  
¿hay que pasar de un baile, por ejemplo,  
a una batalla, de un mesón a un templo,  
de una choza a un palacio soberano?  
Se pone en medio un número romano.  
Por tan sencillo arbitrio, como ése,  
al discreto lector, mal que le pese,  
en menos de un segundo,  
se le dispara a donde tú le mandes,  
desde los Pirineos a los Andes,  
desde la tierra al Tártaro profundo,  
o al bañado de luz coro seráfico,  
con más velocidad que va un aviso  
por el alambre electro-telegráfico;  
y sin que de antemano, o al proviso,  
se tome la fatiga  
de preparar la cosa;  
y gruña cuanto quiera y lo maldiga  
el bueno de Martínez de la Rosa;  
y hágalo con el clásico areopago.  
Pero yo mismo sin pensar divago;  
de uno en otro paréntesis, me pierdo.  
Lo que quise decir, si bien me acuerdo,  
es que la línea recta, cuanto puedas,  
evites; tortuosas las veredas  
son que prefiere el consumado artista  
para el placer del alma o de la vista.  
Como sobre un terreno,  
de matorrales y malezas lleno,  
un raudal serpentino  
va abriéndose camino  
lenta y difícilmente;  
y aquí desaparece de repente  
bajo el tupido monte;  
y en lejano horizonte,  
vuelve a mostrar su clara o turbia onda  
para que, a poco trecho,  
cuando algunos pantanos haya hecho,  
bosque denso otra vez su curso esconda;  
no de modo distinto,  
aunque el fino lector se desanime,  
el sujeto camine,  
y por entre el espeso laberinto  
de las enmarañadas digresiones,

se hunda, reaparezca, se zabulla  
de nuevo, y nuevamente salga y bulla  
hasta llegar al fin que te propones.  
Mas ora en filosóficos zigzagues  
teológicos, políticos, divagues,  
o en un rocín aprietes los talones,  
lanzándote a remotas excursiones,  
o vía recta el argumento vaya,  
y la locomotiva,  
potencia de no fútil inventiva,  
quieras tener a raya,  
lo que, si mis preceptos obedeces,  
harás muy pocas veces  
haya sin falta alguna  
en tus poemas luna,  
que esplendorosa o pálida ríele.  
¡Oh de la noche solitaria reina!  
¿cuál hay que a ti no apele,  
vate, que canas peina,  
o que rubio mostacho apenas hila?  
Pero tan socorrida como ahora  
nunca fuiste. Vigila  
todo autor, toda autora  
que a veces aúlla o canta, ríe o llora,  
porque la bella luz con que plateas  
el universo, irradie sus ideas,  
desde el que hijo mimado de la fama  
ciñe a su frente inmarcesible rama,  
hasta el que dice *veya* por *veía*  
en tosca jerigonza todavía.  
No deje, pues, de ríelar la luna,  
o en el cristal de límpida laguna  
que el aura arrulle y que entre sauces duerma.  
o en el follaje oscuro de una yerma  
cumbre, recién mojada de rocío,  
o en bullicioso río  
que al voraz oceano,  
en que se abismará, corre anhelante,  
¡imagen, ay, del existir humano!

Un *ay* de cuando en cuando es importante.  
Por lo pronto, hará ver que tienes hecho  
de hebras delicadísimas el pecho,  
blandas en sumo grado y sensitivas;  
y no será preciso que te afanes,  
y los sesos que tengas los devanes,

buscando frases nuevas, expresivas  
con que secretos íntimos reveles  
del corazón. Atente a tus *rietas*;  
y pon de trecho en trecho uno o dos *ayes*,  
cuando la cuerda del dolor ensayes.

Tras un cuadro de vívidos colores  
en que retrates lúbricos amores,  
encaja bellamente una homilía  
contra la corrupción social; y luego  
que a la ya inaguantable tiranía  
de este gobierno jesuíta, godo,  
que lo Inficiona y lo agangrena todo,  
lances una filípica de fuego,  
llora la servidumbre de la prensa,  
que prohíbe decir lo que se piensa,

y por ninguna hendrija  
permite que respire uno siquiera  
sábenlo los lectores demasiado,  
útil verdad, de tantas que cobija  
en sus profundidades tu mollera;  
es el cuadro encantado  
que se descubre en más dichosa era.  
Leyendo tan espléndida bambolla,  
habrá mil que suspiren por el día  
en que echas a volar la fantasía  
que tu medula cerebral empolla.

Si el tono blando tomas,  
conviene que derrames  
profusamente aromas,  
y que todas las voces embalsames  
de azahares, jazmines y azucenas,  
y que de olores la nariz abrumes.  
«Sacudir las alillas pueda apenas  
el céfiro, agobiadas de perfumes.  
Bello concepto, a que echarás el guante,  
aunque no faltará tal vez pedante  
que a Byron lo atribuya.  
¡Necios! ¡cómo si fuera culpa tuya  
que, cuando para ti del cielo vino,  
Byron lo interceptase en el camino!

Es de rigor que llores  
alguna pobre niña arrebatada

en verdes años ¡ay! a los amores.  
Su imagen adorada  
de tu memoria un punto no se aparte;  
y para más desgracia atormentarte,  
y de esas penas aguzar la punta,  
dirás que la difunta  
era un ángel de amor, era un modelo  
de perfección, en que vació natura  
toda virtud, y gracia, y hermosura;  
divina joya, incomparable perla,  
que, para tu regalo y tu consuelo,  
quiso enviar expresamente el cielo  
a un mundo vil, indigno de tenerla;  
y con estos elogios, y otros tales,  
conocerán las damas lo que vales,  
y el tuyo propio harás sin que te cueste  
una sola palabra  
que tu modestia en lo menor moleste,  
¡Sólo con un diamante otro se labra!

Tenga abundante acopio  
de ensueños tu paleta.  
Nada más de mi gusto, ni más propio.  
Cual suele de abejas tropa inquieta  
volar entre el tomillo y la violeta,  
así acudir se ve legión alada  
de ensueños en la silla o la almohada  
de todo aquel que el inspirado pecho  
a su pupitre arrima,  
o se desvela en solitario lecho,  
dándole caza a la difícil rima.

Pero lo que en el día  
logra aplauso mayor, es una cosa  
que se suele llamar misantropía.  
Huye a la selva umbrosa,  
o más bien a la selva que desnuda  
de su follaje la estación sañuda;  
oculta allí el hastío que devora  
tu gastada existencia; el negro tinte  
que los odios fantásticos colora,  
de cada objeto alrededor se pinte.  
Huye a donde jamás hiera tu oído  
el eco envenenado, aborrecido,  
de humana voz; allí donde la roca  
amortaja de nieves su cabeza

titánica; o allí donde bosteza  
de apagado volcán lóbrega boca.  
¿Ves cómo ya el postrero  
rayo del sol expira en el otero,  
y al entreabrirse cárdenos nublados,  
de tempestad preñados,  
lámpara sepulcral arde el lucero  
sobre la tierra que la sombra enluta?  
Huye al amigo seno de la gruta.  
Medita allí, cavila;  
y de tu pecho el negro humor destila  
sobre todos los seres gota a gota;  
y llama al mundo en que naciste, infierno,  
de que fue a Lucifer dado el gobierno  
para jugar con él a la pelota,  
y con este menguado, pobre, triste,  
infinitesimal átomo humano,  
discorde unión de espíritu y materia,  
que monarca se cree de cuanto existe,  
porque le cupo el privilegio vano  
de conocer él mismo su miseria.  
Todo allí muerte, esplín, hondo fastidio,  
no el que con el champaña se disipa,  
o con el humo de cigarro o pipa,  
sino el que pensamientos de suicidio  
engendra; y logren sólo distraerte  
impresiones de horror, de duelo y, muerte.  
O el ronco trueno música te sea,  
y de encontrados vientos la pelea,  
y de natura atormentada el grito  
cuando sobre sus bases de granito  
el bosque secular se bambolea;  
o el esquilón distante  
que llora la agonía  
del moribundo día,  
aunque de plagio se te queje el Dante;  
o del buho el fatídico graznido,  
que por la soledad pavor derrama:  
o el gemir de la tórtola que llama,  
y llama sin cesar... y llama en vano,  
en el desierto nido,  
al esposo querido,  
que presa fue de cazador villano.

Pero no es bien que mucho te demores  
en silvestres y rústicas escenas,

que huelen a la edad de los pastores,  
cuando andaban Belardos y Filenas  
cantando a las orillas de los ríos  
insulsos inocentes amoríos.  
¿Inocencias ahora? Nada de eso  
en un siglo de luz y de progreso.  
Loca algazara aturda  
en infernal zahurda,  
do el adusto Timón, medio beodo,  
haga de todo befa, insulte a todo;  
y brillen entre copas las espadas,  
y se mate, y se ría a carcajadas;  
y retumbe en satánicos cantares  
audaz blasfemia, horrificca, inaudita,  
que es para ejercitados paladares  
una salsa exquisita.

Mucho más dijo la parlera Diosa,  
sin que de tanto embrollo  
de lindos disparates, otra cosa  
engendrarse pudiera en mi meollo,  
que confusión, y vértigo, y mareo.  
En el estado que me vi, me veo;  
impotente la voz, el alma seca,  
y por añadidura, una jaqueca.  
Pero, para decir, bella Isidora,  
que eres un ángel que la tierra adora,  
que sabes ser honesta y ser amable,  
¿ha de ser necesario que me empeñe  
por selvas y por riscos, que me ensueñe,  
que me arome, y por último, me endiable?  
Antes seguro estoy de que sería  
imperdonable insulto  
el ofrecerte semejante culto.  
Si ya no soy ni aquello que solía,  
pues de la frente que la edad despoja,  
huye, como el amor, la poesía,  
puedo hablar a lo menos el lenguaje  
de la verdad, que, ni al pudor sonroja,  
tu hacer procura a la razón ultraje.  
Aunque de la divina lumbre, aquella  
que al genio vivifica, una centella  
en mi verso no luzca, ni lo esmalte  
rica facundia, y todo en fin le falte  
cuanto en la poesía al gusto halaga,  
lo compone benigna una alma bella

que de lo ingenuo y lo veraz se paga.

## LA CORTE DE AMOR

(Texto A)

Solemne audiencia un día  
daba el Amor; servía  
Capricho de portero  
y a Dama y Caballero  
que de su gusto era  
fácil entrada abría.  
Con los demás hacía  
de diversa manera.  
Vestida entró de gala  
Juventud en la sala  
y ocupó la testera.  
Entraron Risa y juego  
y se salieron luego.  
La Gracia a la Hermosura  
llevaba de la mano,  
y le alcanzó Ventura.  
Llega con gesto ufano  
Necedad, y se engríe  
porque el Amor se ríe.  
Mas ya del Chisme aleve  
se oye el susurro leve,  
y van tras él llegando  
en bullicioso bando  
Sospechas y Recelos  
y pendencieros Celos.  
La Lisonja apercibe  
su más meliflua charla,  
y gran placer recibe  
Amor al escucharla,  
Triscaban la Alegría  
y la Coquetería,  
y con semblante huraño  
acecha el Desengaño.  
Va el Rendimiento tímido,  
que aún del desdén se paga;  
va la Traición que pérfida  
a los que vende halaga.  
Fe, Modestia, Inocencia

lograron corta audiencia;  
y avergonzadas salen  
de lo poco que valen.  
La Locura no falta,  
que de Cupido era  
antigua consejera  
y tiene allí vara alta.  
Alrededor del trono  
Querellas y Suspiros  
cantando en flébil tono  
hacen variados giros,  
y mézclanse en la Danza  
Consuelo y, Esperanza.

Falta entre tanta gente  
la Razón solamente,  
porque el Ujier Capricho  
que es un perverso bicho  
no está en buena armonía  
con la señora mía,  
y anunciarla rehusa  
con una y otra excusa.  
Al cabo fue preciso.  
«La Razón allí fuera  
dice su turno espera,  
y si le dais permiso  
hablar con vos querría  
antes que se haga tarde».  
Responde Amor: «Que aguarde,  
o que vuelva otro día».

## LA CORTE DE AMOR

(Texto B)

Solemne audiencia un día  
daba el Amor; servía  
Capricho de portero  
y, solamente abría  
a Dama o Caballero  
que bien le parecía.  
Juventud en la sala  
vestida entró de gala  
y ocupó la testera.

Entraron Risa y juego  
y se salieron luego.  
Llevó de compañera  
la Gracia a la Hermosura,  
y le alcanzó Ventura.  
Esperanzas, temores,  
ilusiones que ostentan  
del Iris los colores,  
deseos que atormentan  
placeres que embriagan.  
Requiebros y suspiros  
en torno el numen vagan  
en fantásticos giros.  
Mas hete al Chisme aleve,  
que todo lo remueve;  
tras su susurro blando  
llegan en fiero bando  
Sospechas y Recelos  
y pendencieros Celos.  
Fe, Constancia, Inocencia  
lograron corta audiencia.  
Ruborizadas salen  
viendo cuán poco valen.  
La Locura no falta,  
que de Cupido era  
antigua consejera  
y tiene allí vara alta.  
Y el traidor Fingimiento  
que a los que muerde halaga,  
y el fino Rendimiento  
que aun del desdén se paga,  
el presumido Entono  
que del triunfo se precia,  
el pérfido Abandono,  
la Confianza necia  
cercan el áureo trono.

Falta entre tanta gente  
la Razón solamente,  
y fue que el tal Capricho  
que es un perverso bicho,  
nunca en buena armonía  
con la señora mía,  
dar al Amor no quiso  
de su llegada aviso.  
Al fin, como precisa

cosa «Una noble dama»  
con solapada risa  
le dijo «aguarda afuera.  
Doña Razón se llama  
que la admisión espera».

Cuando hubo el nombre oído  
turbose el tiranuelo;  
confuso y amorrido  
los ojos baja al suelo:  
¿Pero por qué cobarde  
le he de temer?» decía.  
«Entre... mas no... ya es tarde.  
Di que venga otro día».

#### A PEÑALOLEN

Boscajes apacibles de la Hermita,  
¡oh cuánto a vuestra sombra me recreo,  
y con qué encanto celestial poseo  
lo que en vano se busca y solicita  
en el bullicio corruptor del mundo:  
el sosiego profundo,  
la deliciosa calma,  
la dulce paz!... Que al alma  
de sí propia contenta,  
y de cuidados míseros exenta,  
le hace el silencio plácida armonía,  
y hasta la soledad le es compañía.  
Ni enteramente solitario vivo;  
que cuando, embelesado y pensativo,  
en vuestro grato asilo, me paseo,  
la cara imagen veo  
de aquel que lo formó, de aquel que un día  
de la insana inquietud del vulgo vano,  
móvil veleta con que juega el viento,  
a vosotros huía,  
y de su propia mano  
elevó este sencillo monumento  
a la sola veraz filosofía.

Sí; que en este retiro  
que amaste, inseparable me acompaña  
tu venerada sombra, ilustre Egaña,

y en tu semblante miro,  
como cuando la vida lo animaba,  
de la virtud la estampa y el talento;  
y escucho aquel acento,  
que, mientras los oídos halagaba  
abundoso vertía  
provechosas lecciones de experiencia,  
concordia, universal filantropía,  
política sensata, gusto y ciencia.

Yo que de ellas saqué no escaso fruto  
oso ofrecerte, Egaña,  
este humilde tributo  
de amor y admiración. Tú lo recibe,  
ya que no puede ser por lo que vale,  
porque de un pecho agradecido sale,  
en que indeleble tu memoria vive.

#### EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA MERCEDES MUÑOZ

La joven beldad que quiera  
ceñir su frente de flores,  
pídalas a la pradera,  
cuando de varios colores  
la esmalta la primavera.

Mas no vaya al bosque yerto  
que el crudo invierno despoja,  
árido y triste desierto,  
do arenas de mustia hoja  
está algún ramo cubierto.

¿Ves aquel árbol que escrita  
lleva en sí la edad inerte  
que lo postra y debilita?  
¿Qué don pudiera ofrecerte?...  
Una guirnalda marchita.

Pero en ese tronco exhausto  
que sin sombra y sin verdor  
es del tiempo estrago infausto,  
puede tal vez el amor  
encender un holocausto;

no aquel amor, niño ciego,  
que de centellas armado,  
para turbar el sosiego  
de un corazón descuidado  
prende en tus ojos su fuego;

sino aquel que en poesía  
pintan sin alas ni redes,  
misteriosa simpatía,  
blando cariño, Mercedes,  
que arrastra a tu alma la mía;

que, con poder halagüeño,  
me aficiona a la dulzura  
de ese humor jovial, risueño,  
que transparenta la pura  
felicidad de su dueño.

Sí; me arrastra, y me enamora  
la hija tierna, y tierna hermana,  
y la amiga encantadora,  
que, en su juventud temprana,  
tantas prendas atesora.

No te ha dado el cielo en vano  
ese admirado talento  
que vierte, bajo tu mano,  
alma, vida y sentimiento  
sobre las teclas del piano;

porque cuando con la grata  
magia de acordados sonos  
los sentidos arrebató,  
las amables emociones  
de tu alma bella retrató.

Mas al estro que me excita,  
debo ya tener la rienda...  
Falta el papel, Mercedita...  
Acepta la humilde ofrenda  
de esta guirnalda marchita.

¿PARA QUÉ EL ODIOS MUTUO ENTRE LAS GENTES?

(Traducción de Lamartine)

¿Para qué el odio mutuo entre las gentes?  
¿Para qué esas barreras,  
que aborrecen los ojos del Eterno?  
¿Hay acaso fronteras  
en los campos del éter? ¿Vense acaso  
en el inmenso firmamento vallas,  
linderos y murallas?  
¡Pueblos, naciones, títulos pomposos!  
¿Qué es lo que dicen? ¡Vanidad, barbarie!  
Lo que a los pies ataja  
no detiene al amor. Rasgad, mortales  
Naturaleza os grita,  
las funestas banderas nacionales;  
el odio, el egoísmo tienen patria:  
no la fraternidad.

## EL TABACO

(Epigrama)

Epigrama me título;  
no soy enigma, ni quiero;  
no me precio de difícil,  
porque repugna a mi genio.

Tres partes iguales forman  
mi todo, ni más ni menos;  
y de dos en dos unidas,  
hacen seis pares completos.

Es él un par de gallinas;  
lo otro un divertido juego;  
al otro el celeste Olimpo  
le dio lugar en su seno.

Otro es cómplice inocente  
del estrago carnívoros  
que al hombre más fuerte postra,  
y alcanza al ave en su vuelo.

Otro en edades pasadas

fue defensivo ornamento  
que el feudal barón llevaba  
al combate y al torneo.

El otro, en fin, elegante,  
estrafalario o modesto,  
es gala del tocador  
y atavío del enfermo.

Y con todo lo que digo,  
soy un tirano hechicero,  
un encanto indefinible,  
un delicioso embeleso.

Me buscan ricos y pobres,  
eclesiásticos y legos,  
el que huelga, el que trabaja,  
el estudiante, el zopenco.

Sólo ¡ay triste! las hermosas  
me miran con vilipendio,  
si bien algunas conmigo  
se solazan en secreto.

¡Oh! tú que contemplas  
con ojo sereno,  
hollado, insepulto,  
mi frío esqueleto,

Llévale te pido  
a su mausoleo  
de metal dorado,  
o de vidrio terso;

y por epitafio,  
ponle este letrero,  
en grata memoria  
de dichas que fueron:

«¡Me dio el ser la tierra,  
me da vida el fuego,  
y entre vagos giros,  
en el aire muero!»

AL BIOBÍO

(En el álbum de la señora doña Delfina Pinto de Rosas)

¡Quién pudiera, Biobío,  
pasar la existencia entera  
en un bosque sombrío  
de tu encantada ribera!

Una cabaña pajiza,  
donde viese tu onda pura,  
que callada se desliza  
entre frondosa verdura,

donde, en vez del movimiento  
de políticos vaivenes,  
susurrar oyese el viento,  
entre robles y maitenes,

Y escuchase la alborada  
que en no aprendida armonía,  
canta el ave en la enramada  
saludando al nuevo día;

una pajiza cabaña,  
en que gozase el reposo  
de la paz que nunca engaña,  
ni envidiado ni envidioso;

más grata, en verdad, me fuera  
que una confusa Babel,  
donde en pos de una quimera  
corren todos en tropel,

do deslealtad y falsía  
cercan el trémulo altar  
que a los ídolos de un día  
alza el aura popular.

¡Oh feliz, oh dulce calma,  
paraíso de la tierra!  
¿vale más que tú la palma  
del saber o de la guerra?

Verdad, no lisonja, quiero;  
verdad sencilla, desnuda;  
no el aplauso vocinglero,

que a la fortuna saluda;

quiero en mis postreros años  
decir a ese bien fingido:  
¡Adiós! no más desengaños;  
a los que olvidan, olvido.

Otros en loco tumulto  
llamen dicha al frenesí;  
yo en el rincón más oculto  
quiero vivir para mí.

Pero ¿a dónde en arrebató  
impensado me extravió?  
Para otro asunto más grato  
te invocaba, Biobío.

Por tus verdes campos gira  
una amable forastera,  
y los aromas respira  
que embalsaman tu ribera.

Cerca de ti su mansión  
tiene la bella Delfina;  
la de noble corazón,  
la de gracia peregrina.

Yo la vi, pimpollo hermoso,  
que, con su beldad temprana,  
tuvo a Santiago orgulloso,  
en su primera mañana.

Vila en cerrado vergel  
joven planta, que atesora  
lozano brillo, y con él  
a los vientos enamora.

Vino tormenta sañuda,  
corro la que en duro embate  
al verde bosque desnuda,  
y hermosa arboleda abate.

Casi ¡ay Dios! su primavera  
la vio morir, y agostada  
la tuvo la Parca fiera,  
y la lloré malograda.

Pero al modo que se eleva,  
cuando el huracán se calma,  
con vigor y vida nueva,  
una destrozada palma,

Volvió mi Delfina así,  
a beber el aura pura;  
y correr las Gracias vi  
a retocar su hermosura.

Hija la he visto amorosa  
en la morada paterna,  
y luego adorada esposa,  
y madre ya, dulce y tierna;

y siempre cabal modelo  
de amabilidad serena,  
ángel bajado del cielo  
a nuestra mansión terrena.

Tal es la beldad que ahora  
gozas, orgulloso río,  
y la que Mapocho llora  
en ajeno poderío.

Que te desveles por ella  
te ruego; en diario tributo  
ríndele la flor más bella,  
y el más sazonado fruto.

Al llevarla el blando ambiente  
del jazmín y el azahar,  
de su viejo amigo ausente  
hazla el nombre recordar.

Pero no con lazo eterno  
presumas que la encadenes;  
la llama el hogar paterno;  
prestado tesoro tienes.

Y harás de la deuda pago,  
y volveremos a verla,  
y se gozará Santiago  
en su enajenada perla.

## EN EL ÁLBUM DE LA CANTATRIZ DOÑA TERESA ROSSI

Hay una magia en tu cantar, Teresa,  
que deliciosamente me embelesa.  
¿Gimes? traspasa el alma tu gemido;  
¿lloras? me arranca lágrimas tu llanto.  
No sé decir si alegre o dolorido  
tiene en mi pecho más poder tu canto.  
Cuando ingenua aldeana  
te burlas del amor y de la vana  
charla que hechizos vende  
y avasallar la voluntad pretende,  
que tú sola lo tienes imagino  
el elixir que busca Nemorino.  
Si amorosa Lucía,  
víctima triste de ambición impía,  
te exhalas en acentos moribundos;  
o si Julieta arrodillada invocas  
la paternal piedad, ¡oh, cómo tocas  
del corazón los pliegues más profundos!  
¿Y qué diré de ti, sensible Amina?  
Yo también al oírte, en vago sueño  
me pierdo, y un fantástico diseño  
de ilusión peregrina  
me arropa, y de mí misma me enajena...  
¿Pero qué alegre música resuena?  
¿Quién es la que cantando se engalana?  
¡Cómo tu voz me hechiza y me trasporta,  
Elvira, encantadora puritana!  
¿Vezzosa te llamaste? Quedas corta;  
llámate de las almas soberana.  
Oyéndote, diviso  
solitario encantado paraíso,  
donde ninfa celeste al aura envía  
cánticos de inocencia y de alegría.

Mas no pienses que sólo con prestadas  
formas, Teresa, agradas,  
ni que hablo sólo a la admirable artista  
que los afectos con su voz conquista;  
hablo a la amiga; y declararle quiero  
el cariño sincero  
de una alma fiel. ¡Jamás con pena alguna  
acibare tus dichas la fortuna!

¡Dondequiera que mores,  
a manos llenas sobre ti las flores  
de la felicidad derrame el cielo!  
Y si tal vez pisando extraño suelo,  
o atravesando dilatados mares  
de Chile te acordares,  
y a mi memoria un breve instante dieres,  
¡una amable sonrisa  
te merezcan los rudos caracteres  
que traza en estas páginas tu Luisa!

### SEÑALES DE LA MUERTE

(Traducción)

No habrá pulso que siga su carrera;  
cesarán sus latidos; ni el aliento  
revelará que vives, ni del cutis  
el natural calor; mustia la rosa  
en los helados labios y carrillos  
tendrá el color de pálida ceniza;  
las movibles cortinas de los ojos  
caerán, como en la muerte, cuando cierra  
la usada puerta al esplendor del día;  
cada parte, privada del gobierno  
que la regía, rígida, inflexible,  
fría estará, como la muerte misma.

### ALECCIONADO POR EL ALMA FUERTE

(Traducción de Pope)

Aleccionado por el alma fuerte  
y por el cuerpo exhausto: ¡bien venida!  
dicen mis fríos labios a la muerte;  
y siento en blanda calina irse la vida.

### A LA SEÑORA DOÑA JULIA CODECIDO DE MORA

(Suplica el autor se sirva escribir estos versos en su álbum)

Si es humilde homenaje, si es tardío,  
encantadora Julia, el que te envió,  
perdona a la aflicción, perdona al duelo  
en que abrumó mi corazón el cielo.

Tú supiste la causa de mi lloro,  
y también la lloraste, lo aseguro,  
que, de cuanto es amable, y tierno, y puro,  
tu pecho es el santuario y el tesoro.

Como tu padre en ti se goza y place,  
tal me gozaba yo, tal me placía  
en la que ahora helado polvo yace,  
presa inmadura de la Parca impía.

Tú sabes qué celajes de esperanza,  
tal vez a un padre el porvenir figura;  
celajes ¡ay! que en súbita mudanza,  
se me tornaron luego sombra oscura.

Pues, en ese horizonte arrebolado,  
hoy a mis ojos, noche opaca y triste,  
verte me parecía, y a tu lado,  
la que para su padre ya no existe.

Creíla a conocerte destinada;  
y si permites, Julia, que lo diga,  
creíla de tus prendas adornada,  
merecedora de llamarte amiga.

No quiso que lo fuese, concederme  
el cielo; a mi ternura arrebátola,  
y a tu cariño; muda, yerta, sola,  
mi hija querida en el sepulcro duerme.

Que así tu tierno corazón lastime,  
perdona. ¿Puede dar dulces acentos  
un alma que, en dolor profundo, gime?  
De ayes sólo es capaz, y de lamentos.

Colgué en un árbol mustio de la selva  
mi destemplada lira envuelta en luto;  
y si me pides que a pulsarla vuelva,  
¿cómo negarte, Julia, este tributo?

¡Feliz, si la memoria que grabada  
llevo, le vale, y Julia lo recibe,  
y el nombre de mi Anita malograda,  
que pongo en él, su bella mano escribe;

Y en este libro, en que, con larga vena,  
derrama sus halagos, Poesía,  
le da lugar, y lúgubre elegía  
entre armoniosos cantos, no disuena!

Sí, le darás lugar; no el que se debe  
al noble ingenio, al inspirado numen  
tanto mis toscos versos no presumen,  
sino, en secreta hoja, espacio breve.

Así tal vez en un recinto ameno,  
brillan a competencia Arte y Natura;  
el aire está de mil aromas lleno;  
onda argentina acá y allá murmura.

Entre marmóreos arcos, se divisa  
bello pensil de espléndidos colores;  
y en torno de la ninfa que lo pisa,  
brotan del suelo enamoradas flores;

Y en una parte solitaria, inculta,  
do apenas lleva el aura silenciosa  
ecos lejanos, débiles, oculta  
un sauce llorador funérea losa.

## A LA VIRGEN DE LAS MERCEDES

(Traducción de una sequentia, o himno eclesiástico)

Saludad, pobres cautivos,  
a la Virgen redentora;  
alce cánticos festivos  
la devota cristiandad;  
¡oh, qué hermoso brilla el día  
en que el mundo su bandera,  
que a los cielos da alegría,  
tremoló la caridad!

Oyó el cielo vuestros votos;

cese el mísero gemido;  
vuestros hierros serán rotos;  
libertados vais a ser.  
¡Virgen Madre! tú a la vida,  
tú a la fe, que desfallece  
de peligros combatida,  
te dignaste socorrer.

Llegó a ti la queja triste  
del esclavo encadenado,  
y apiadándote quisiste  
poner fin a su dolor;  
coronada de luz bella  
de los cielos descendiste,  
y la noche vio la huella  
del celeste resplandor.

Abrasado en santo celo  
se desvela el gran Nolasco;  
y postrado ruega al cielo  
por la opresa humanidad,  
cuando ve tu faz serena,  
y tu dulce voz le envía  
al que yace en vil cadena  
para darle libertad.

Orden nueva, en honra tuya  
y de tu Hijo soberano,  
le has mandado que instituya,  
y le ofreces ayudar;  
orden santa que socorra  
al cautivo, y le conforte  
en la lóbrega mazmorra,  
y le vuelva al patrio hogar.

Virgen Santa, tú proclamas  
la embajada bienhechora;  
en las almas tú derramas  
de piedad heroico ardor;  
a tus hijos se encomienda  
afanar por el cautivo,  
y aun dejar la vida en prenda  
a su bárbaro señor.

Siempre pía, enjuga el llanto  
del que gime en cárcel dura;

dale alivio en su quebranto;  
fortalece en él la fe;  
mueve el pecho compasivo  
de la grey cristiana toda,  
y los medios, al cautivo,  
de romper sus grillos dé.

En la orden que fundaste,  
alimenta la encendida  
caridad con que abrasaste  
de Nolasco el corazón;  
y en el lance pavoroso  
de la hora postrimera,  
danos ver tu rostro hermoso,  
prenda fiel de salvación.

#### EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA DOÑA JOSEFA REYES DE GARMENDIA

(Texto A)

Amable Pepa, en esa edad florida,  
risueña, encantadora,  
es la vida  
una aurora  
cuyo esplendor ninguna nube empaña;  
cuando todo es verdor de primavera  
en montaña  
y pradera,  
y todo alrededor es poesía,  
y todo pensamiento, fantasía,  
todo suspiro, amor, bellos reflejos  
de esperanzas alegres a lo lejos  
doran el porvenir; el alma crea  
de la belleza la divina idea  
en los objetos que la mente acopla,  
y hace del mundo una encantada utopia.

Mas para aquel que como yo la vea  
desde el confín opuesto  
del opaco horizonte, consumida  
en afanes, dolores, desengaños,  
cuando es un breve resto  
lo que falta a la suma de los años,  
es una sombra pálida la vida,

una tarde fugaz, descolorida,  
do del pasado entre la niebla oscura,  
lo que esperanza fue, placer, ventura,  
todo ya se deslustra y desencanta,  
y en lívidos espectros se levanta.

Soy como el caminante fatigado  
que va cruzando con medrosa planta  
el bosque, verde ayer, hoy, deshojado,  
cuando el lucero su fanal suspende  
entre nublados, y la noche tiende  
su negro manto. ¡Qué de penas graves  
mi corazón aquejan,  
qué de pérdidas lloro, tú lo sabes,  
y la huella profunda ves que dejan  
el dolor y, los años juntamente  
en mi marchita frente!  
¿Será, pues, Pepa hermosa, lo que escribe  
el que esta vida de amargura vive,  
digno de ti, poético homenaje?  
¿Dará el sauce que cuelga su ramaje  
sobre las tumbas, bella flor ni fruto,  
o canto alegre la mansión del luto?

Pero aun en este mísero desierto,  
a la alegría, a la esperanza muerto,  
halaga entre malezas y entre abrojos  
algún objeto los cansados ojos,  
alguna rosa que embalsama el aura  
y el falleciente espíritu restaura:  
la tierna madre, la leal esposa,  
que guarda su entereza generosa,  
y en este siglo de licencia y crimen  
en que las leyes conculcadas gimen  
y el modesto pudor se vitupera  
como tosco resabio de otra era,  
del vicio la influencia pestilente  
no contamina su virtud severa,  
como la sombra de la nube oscura  
pasa veloz sobre la fuente pura,  
y no le enturbia su onda trasparente.  
Esa madre y esposa,  
de que yo admiro en ti noble modelo,  
es del desierto la nativa rosa  
con que embellece alguna vez el cielo,  
para ejemplo fecundo

y para adorno de tu sexo, al mundo.

En el álbum de la señora doña Josefa Reyes de Garmendia

(Texto B)

Amable Pepa, en esa edad florida  
risueña, encantadora,  
es la vida  
una aurora,  
cuyo esplendor ninguna nube empaña  
cuando ostenta sus galas Primavera  
en montaña,  
y pradera.  
¿Qué pensar no es entonces fantasía?  
¿Qué sentir no es amor? ¿Qué lontananza  
no dora en el futuro la esperanza?  
¿Dónde no ven los ojos poesía.

Mas ¡ay! al que la ve desde el opuesto  
lado del horizonte, consumida  
en dolores, acerbos desengaños,  
cuando es un breve resto  
lo que falta a la estima de los años,  
¿qué es la vida?  
Sombra de lo que fue; vislumbre aciaga  
de una antorcha que trémula se apaga;  
ya el luto se desvuelve que atavía  
a la Naturaleza  
viuda del Sol; aun no fenece el día  
y ya el imperio de la noche empieza.

¿Qué musa alienta el ánimo cobarde  
que ante su obra mira  
esta fugaz, descolorida tarde  
de que el último rayo se retira?  
¿Qué inspirador acento  
lleva a su oído el viento?  
¿Qué escucha en la aspereza  
de la escarpada roca  
morada del invierno, o en la boca  
que lóbrega bosteza,  
de apagado volcán; en el sombrío  
seno del hondo valle, en la llanura

do se desliza solitario el río,  
que a perderse en la ola se apresura  
del inmenso oceano?

Algún rumor lejano,  
que se repite en eco dolorido.  
Un aquilón que llora la agonía  
del moribundo día;  
o el gemir de la tórtola que llama,  
y llama sin cesar, y llama en vano  
la prole implume que sacó del nido  
el cazador tirano;  
o del ave nocturna que derrama,  
por el mustio boscaje  
lúgubre cantilena,  
fatídico mensaje,  
que de medroso horror el aire llena.

Tales, amiga mía  
son mis inspiraciones; ésta la escena  
que a ver en torno alcanza  
esta edad, como sorda a la armonía,  
difunta a la esperanza;  
esta vida, preludio de la muerte.  
Pero aún en este mísero desierto  
A la alegría, a la esperanza muerto,  
halaga entre malezas y entre abrojos  
algún objeto los cansados ojos.

La tierna madre, la leal esposa,  
que guarda su entereza generosa,  
que no desmiente su virtud severa,  
ante la causa altanera  
de ejemplos seductores,  
ni el acento halagüeño, fementido,  
de ociosos amadores,  
si hiere el casto oído,  
deja en el alma bella  
la más ligera mella,  
como la sombra de la nube oscura  
pasa veloz sobre la fuente pura,  
y no le enturbia su onda cristalina  
o como el viento leve  
que en la verde colina  
endebles cañas mueve,

impresión no hace alguna  
en marmórea coluna.

Esa madre, esa esposa  
es entre abrojos la nativa rosa;  
que al fatigado viajador ? restaura  
y alegra el bosque, y embalsama el aura;  
y a la estéril floresta  
acá y allá engalana.

Nativa rosa que entreabrió modesta  
de tu amoroso seno el oro y grana,  
y tú, Pepa, el modelo  
de aquella que da Dios para consuelo,  
para ejemplo fecundo,  
y para adorno de tu sexo, al mundo.

¿Cómo pues ofrecerte  
versos dignos de ti? Vibra dudosa  
la cuerda en la vihuela,  
y contra la rugosa  
entumecida mano se rebela.  
Alentada, fogosa,  
juvenil fantasía,  
merece que tú escuches, no la mía.

## LA ARDILLA, EL DOGO Y EL ZORRO

(Imitación de Florián)

Madama Ardilla con un Dogo fiero,  
compadre antiguo suyo y compañero,  
salió al campo una tarde a solazarse.  
Entretenidos iban en gustosa  
conversación, y hubieron de alejarse  
tanto, que encapotada y tempestuosa  
los sorprendió la noche a gran distancia  
de su común estancia.  
Otra posada no se les presenta  
que una alta encina, añosa, corpulenta;  
el hueco, tronco ofrece albergue y cama  
a nuestro Dogo; la ligera Ardilla  
se sube de tres brincos a una rama,  
y, lo mejor que puede se acucilla.  
Danse las buenas noches, y dormidos

quedaron luego. A lo que yo barrunto,  
eran las doce en punto,  
hora propicia al robo y al pillaje,  
cuando aportaba por aquel paraje  
uno de los ladrones forajidos  
de más renombre. Un Zorro veterano,  
terror de todo el canino comarcano  
en leguas veinte o treinta a la redonda,  
en torno al árbol ronda,  
alza el hocico hambriento  
de palpitante carne, atisba, husmea,  
y ve a la Ardilla en su elevado asiento;  
ya en su imaginación la saborea,  
y la boca se lame,  
y la cola menea;  
mas ¿cómo podrá ser que a tanta altura,  
si no le nacen alas, se encarama?  
Iba casi a decir: «No está madura»,  
cuando le ocurre una famosa idea.  
-«Bella señora mía,  
vuesa merced perdone le decía  
si interrumpo su plácido reposo.  
Después de tanto afán, cuando el consuelo  
de hallarla me concede al fin el cielo,  
no puedo contener el delicioso  
júbilo que de mi alma se apodera.  
¿No me conoce usted? Su buena madre  
hermana fue de mi difunto padre.  
Tengo el honor de ser su primo hermano.  
¡Ay! en su hora postrera  
el venerable anciano  
me encomendó que luego en busca fuera  
de su sobrina, y la mitad le diera  
de la hacenduela escasa  
que al salir de esta vida  
nos ha dejado. A mi paterna casa  
sea usted, pues, mil veces bienvenida,  
y déjeme servirla en el viaje  
de escudero y de paje.  
¿Qué es lo que duda usted? ¿Qué la detiene,  
que de una vez no viene  
a colmar mi ventura, en lazo estrecho  
juntando el suyo a mi amoroso pecho?»  
Ella, que por lo visto era ladina,  
a par que vivaracha y pizpireta,  
y al instante adivina

la artificiosa treta,  
así responde al elocuente Zorro:  
-«Fineza tanta, mi querido primo,  
y el liberal socorro  
del piadoso difunto,  
que en paz descanse, como debo, estimo.  
Bajar quisiera al punto;  
pero, ya veis... ¡Mi sexo!... A la entrevista  
es menester que asista,  
si lo tenéis a bien, un deudo caro,  
que de mis años tiernos fue el amparo;  
es persona discreta,  
a quien podéis tratar sin etiqueta,  
y que holgará de conoceros. Vive  
en ese cuarto bajo;  
llamadle». Don Marrajo,  
dándose el parabién de su fortuna,  
que le depara, según él concibe,  
dos presas en vez de una,  
con la mayor frescura y desahogo  
fue en efecto, y llamó. Pero la suerte  
se vuelve azar. Despierta airado el Dogo,  
se abalanza, le atrapa y le da muerte.

Esta sencilla historia nos advierte  
a un tiempo, hija querida,  
tres importantes cosas:  
de un seductor las artes alevosas,  
de la maldad el triste paradero,  
y lo que vale en lances de la vida  
la acertada elección de un compañero.

## EL HOMBRE, EL CABALLO Y EL TORO

A un Caballo dio un Toro tal cornada,  
que en todo un mes no estuvo para nada.  
Restablecido y fuerte,  
quiere vengar su afrenta con la muerte  
de su enemigo; pero como duda  
si contra el asta fiera, puntiaguda,  
arma serán sus cascos poderosa,  
al Hombre pide ayuda.

-«De mil amores, dice el Hombre. ¿Hay cosa

más noble y digna del valor humano,  
que defender al flaco y desvalido,  
y dar castigo a un ofensor villano?  
Llévame a cuestras tú, que eres fornido;  
yo le mato, y negocio concluido».

Apercibidos van a maravilla  
los aliados; lleva el Hombre lanza;  
riendas el buen rocín, y freno, y silla,  
y en el bruto feroz toman venganza.

-«Gracias por tu benévola asistencia,  
dice el corcel; me vuelvo a mi querencia;  
desátame la cincha, y Dios te guarde».  
-«¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio  
pagas así?»-«Yo no pensé...»-«Ya es tarde  
para pensar; estás a mi servicio;  
y quieras o no quieras,  
en él has de vivir hasta que mueras».

Pueblos americanos,  
si jamás olvidáis que sois hermanos,  
y a la patria común, madre querida,  
ensangrentáis en duelo fratricida,  
¡ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña  
el costoso favor, falaz, precario,  
más de temer que la enemiga saña.  
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?  
Demandar por salario  
tributo eterno y dura servidumbre.

## LAS OVEJAS

«Líbranos de la fiera tiranía  
de los humanos, Jove omnipotente  
una oveja decía,  
entregando el vellón a la tijera;  
que en nuestra pobre gente  
hace el pastor más daño  
en la semana, que en el mes o el año  
la garra de los tigres nos hiciera.  
Vengan, padre común de los vivientes,  
los veranos ardientes;  
venga el invierno frío,

y danos por albergue el bosque umbrío,  
dejándonos vivir independientes,  
donde jamás oigamos la zampoña  
aborrecida, que nos da la roña,  
ni veamos armado  
del maldito cayado  
al hombre destructor que nos maltrata,  
y nos trasquila, y ciento a ciento mata.  
Suelta la liebre paca  
de lo que gusta, y va donde le place,  
sin zagal, sin red y sin cencerro;  
y las tristes ovejas ¡duro caso!,  
si hemos de dar un paso,  
tenemos que pedir licencia al perro.  
Viste y abriga al hombre nuestra lana;  
el carnero es su vianda cotidiana;  
y cuando airado envías a la tierra,  
por sus delitos, hambre, peste o guerra,  
¿quién ha visto que corra san~re humana  
en tus altares? No: la oveja sola  
para aplacar tu cólera se inmola.  
Él lo peca, y nosotras lo pagamos.  
¿Y es razón que sujetas al gobierno  
de esta malvada raza, Dios eterno,  
para siempre vivamos?  
¿Qué te costaba darnos, si ordenabas  
que fuésemos esclavas,  
menos crüeles amos?  
que matanza a matanza y robo a robo,  
harto más fiera es el pastor que el lobo».

Mientras que así se queja  
la sin ventura oveja  
la monda piel fregándose en la grama,  
y el vulgo de inocentes baladores  
*¡vivan los lobos!* clama  
y *¡mueran los pastores!*  
y en súbito rebato  
cunde el pronunciamiento de hato en hato  
el senado ovejuno  
«¡ah! dice; todo es uno».

MISERERE

(Traducción del salmo)

¡Piedad, piedad, Dios mío!  
¡que tu misericordia me socorra!  
Según la muchedumbre  
de tus clemencias, mis delitos borra.

De mis iniquidades  
lávame más y más; mi depravado  
corazón quede limpio  
de la horrorosa mancha del pecado.

Porque, Señor, conozco  
toda la fealdad de mi delito,  
y mi conciencia propia  
me acusa, y contra mí levanta el grito.

Pequé contra ti solo;  
a tu vista obré el mal, para que brille  
tu justicia, y vencido  
el que te juzgue, tiemble y se arrodille.

Objeto de tus iras  
nací, de iniquidades mancillado;  
y en el materno seno,  
cubrió mi ser la sombra del pecado.

En la verdad te gozas,  
y para más rubor y afrenta mía,  
tesoros me mostraste  
de oculta celestial sabiduría.

Pero con el hisopo  
me rociarás, y ni una mancha leve  
tendré ya; lavarásme,  
y quedaré más blanco que la nieve.

Sonarán tus acentos  
de consuelo y de paz en mis oídos,  
y celeste alegría  
conmoverá mis huesos abatidos.

Aparta, pues, aparta  
tu faz ¡oh Dios! de mi maldad horrenda,  
y en mi pecho no dejes  
rastros de culpa que tu enojo encienda.

En mis entrañas cría  
un corazón que con ardiente afecto  
te busque; un alma pura,  
enamorada de lo justo y recto.

De tu dulce presencia,  
en que al lloroso pecador recibes,  
no me arrojes airado,  
ni de tu santa inspiración me prives.

Restáurame en tu gracia,  
que es del alma salud, vida y contento;  
y al débil pecho infunde  
de un ánimo real el noble aliento.

Haré que el hombre injusto  
de su razón conozca el extravío;  
le mostraré tu senda,  
y a tu ley santa volverá el impío.

Mas líbrame de sangre,  
¡mi Dios! ¡mi Salvador! ¡inmensa fuente  
de piedad! y mi lengua  
loará tu justicia eternamente.

Desatarás mis labios,  
si tanto un pecador que llora alcanza,  
y gozosa a las gentes  
anunciará mi lengua tu alabanza.

Que si víctimas fueran  
gratas a ti, las inmolará luego;  
pero no es sacrificio  
que te deleita, el que consume el fuego.

Un corazón doliente  
es la expiación que a tu justicia  
víctima que aceptas  
es un alma contrita y humillada.

Vuelve a Sión tu benigno  
rostro primero y tu piedad amante,  
y sus muros la humilde  
Jerusalén, Señor, al fin levante.

Y de puras ofrendas  
se colmarán tus aras, y propicio  
recibirás un día  
el grande inmaculado sacrificio.

## JERUSALÉN LIBERTADA

(Fragmento. Traducción de Tasso)

Canto las armas de la fe, y al héroe  
que del gran Redentor la santa tumba  
libró de servidumbre. En los consejos  
sabio, como esforzado en las batallas,  
trabajos ni peligros le arredraron,  
ni el infernal poder, ni coligadas  
el Asia y Libia en poderosa lucha,  
que le acorría el cielo.....

FIN